







# NENA

CHAI EDITORA



Melissa Febos

# NENA

con ilustraciones de FORSYTH HARMON

Traducción de DENISE KRIPPER

# Febos, Melissa

Febos, Melissa  
Nena / Melissa Febos. - 1a ed.-  
Ciudad Autónoma de Buenos  
Aires : Chai Editora, 2022.

312 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de:  
Denise Kripper.  
ISBN 978-987-48567-1-5

1. Memoria Autobiográfica.  
2. Feminismo.  
3. Literatura Feminista. I. Kripper,  
Denise, trad. II. Título.  
CDD 808.8035

Lxs editorxs agradecen a Marina  
Gersberg por sus aportes a la  
contratapa.

Título original  
*Girlhood*

© Del texto, Melissa Febos, 2021

© De esta edición, Chai Editora, 2022

© De la traducción, Denise Kripper, 2022

© De las ilustraciones, Forsyth Harmon, 2021

Diseño de tapa:  
Gonzalo Marín

Foto de tapa:  
Katherine Jagodnik

Diseño del interior:  
Daniela Coduto

Revisión:  
Melina Wortman

Primera edición:  
agosto de 2022

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD)  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)

ISBN: 978-987-48567-1-5  
Hecho el depósito que marca la ley 11.273



PARA MAMÁ, PORQUE LE DEBO TODO  
Y PORQUE FUE LA PRIMERA EN CONTARME TODO



La destrucción siempre es una restauración, es decir, la supresión de un conjunto de categorías que introducen fragmentaciones artificiales en una ontología que de otra manera estaría unificada.

—Judith Butler, *El género en disputa*  
trad. María Antonia Muñoz

Decir: ninguna persona tratando de hacerse cargo de su identidad debería estar tan sola. Tiene que haber gente con quien podamos sentarnos y llorar, y seguir luchando. (Te preparo este paquete extraño y enojado, envuelto con amor). Creo que pensaste que no había ningún lugar así para ti, y tal vez no lo había en ese entonces, y tal vez no lo haya ahora; pero tendremos que crearlo, quienes queremos dejar de sufrir, quienes queremos cambiar las leyes de la historia, si es que no vamos a *entregarnos*.

—Adrienne Rich, *Sources*

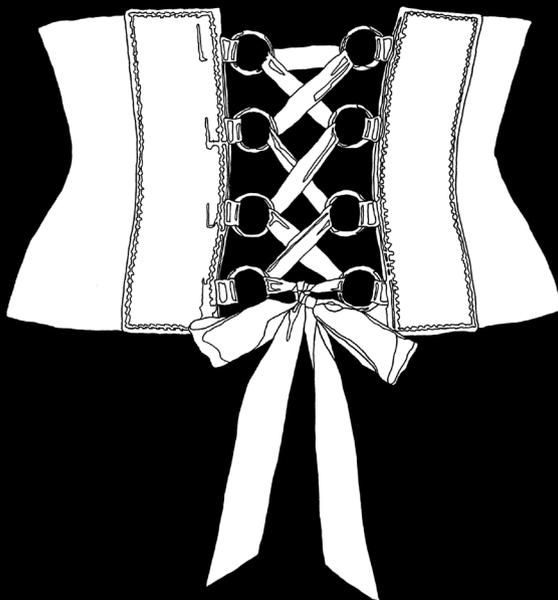


## Índice

Nota de la autora	13
Prólogo: Escarificación	17
Marmitas	25
La prueba del espejo	47
Wild America	105
Intrusiones	137
Tesmoforias	171
Gracias por cuidarte	195
Les Calanques	265
Agradecimientos	301
Fuentes y obras consultadas	303



Es un hábito  
del que llevo la vida entera  
tratando de librarme.





## Gracias por cuidarte

En una serie de experimentos notablemente sádicos llevados a cabo durante la década de 1960, Harry Harlow mantuvo en aislamiento a crías de macacos Rhesus privándolas del tacto hasta por un año. A Harlow le interesaba reproducir la experiencia humana de la depresión en sus monos. Y lo logró, como era de esperarse. Después de treinta días, los monos se mostraban “extremadamente perturbados” y aquellos que habían estado aislados durante períodos más largos mostraban “graves déficits en prácticamente todos los aspectos del comportamiento social”, deterioro del sistema inmunológico, sobreproducción de hormonas de estrés, incapacidad para tener relaciones sexuales y tendencia a autolesionarse y dejarse morir de hambre. Los monos que pasaban un año entero en aislamiento por lo general eran incapaces de rehabilitarse.

Estos resultados se reproducen todos los años en un estimado de ochenta mil estadounidenses presos en confinamiento solitario y, en menor medida, en el inconmensurable número de personas que viven en sociedades que desalientan el contacto físico, como la nuestra. Los psicólogos lo llaman “hambre de piel” y sugieren que muchas experiencias de la depresión son en realidad síntomas de la privación del tacto.

Vengo leyendo sobre Harry Harlow y el hambre de piel desde que mi amiga Mairo me envió un email con el asunto “Creo que esto podría interesarte”. Contenía un link a algo llamado *cuddle party*, una fiesta de abrazos o mimos. Entré a la página web y enseguida revoleé los ojos. Yo no padecía de hambre de piel. De hecho, me había pasado casi todo el año anterior a conocer a mi novia siendo célibe adrede y durante ese tiempo no había tenido contacto físico con nadie, excepto con mi quiropráctico. Se podría decir que esos fueron los mejores meses de mi vida. Aun así, quedé intrigada. La inmediatez de mi rechazo a la fiesta me dio curiosidad. Al igual que la gente que odiamos suele ser aquella en la que nos reconocemos, y de la misma forma en que nadie es más despectivo con la sobriedad que un alcohólico, esa repulsión instintiva funciona como un detector de metales. Los años me enseñaron que cuando esa alarma se activa es porque debe haber algo escondido ahí.

“¿Te molesta que vaya a un evento en el que la gente se abraza?”, le pregunté a Donika. Mientras yo disfrutaba de mi recreo voluntario del tacto en la ciudad de Nueva York, mi novia vivía en la parte oeste del estado, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia de la ciudad más cercana. Era un lugar conocido por sus inviernos largos y difíciles, y tan remoto que solo unxs pocxs amigxs la visitaban. Casi nunca veía a otra persona negra y no tenía a nadie que la abrazara.

“Para nada”, me dijo sin siquiera dudarlo. “¿Te molesta si voy también?”

En 2004, Reid Mihalko y Marcia Baczynski empezaron a organizar la *cuddle party*, que funciona como una organización sin fines de lucro desde 2016. Durante los últimos catorce años, organizaron fiestas de abrazos por todo los Estados Unidos y el mundo, y capacitaron a más de doscientos abrazadores profesionales para poder asistir a los hambrientos de piel. Han surgido otras organizaciones similares, como *Cuddle Sanctuary* en Los Ángeles y *Cuddlist* en la ciudad de Nueva York.

En los días anteriores al evento, leí muchísimos artículos y me estudié de memoria la web oficial de la fiesta, que había sido diseñada con todas las preguntas obvias en mente. El reglamento ocupa un lugar central. Está basado en el consentimiento y en los límites entre el tacto sexual y el no sexual. Los participantes deben asistir en pijama y tienen prohibido tocarse en las “partes íntimas”. En su misión, la web declara querer diferenciar el sexo de los abrazos y ofrecer acceso a un contacto físico saludable que no sea tomado como sexual. Todo esto me parecía muy interesante no solo en un plano abstracto, sino también en lo personal.

Cuando tenía veintipocos y trabajaba de dominatriz, las sesiones en las que el cliente quería ternura o sensualidad eran tan comunes como las que requerían insultos. Mis clientes solían ser hombres muy solos. En muchos casos eran sobrevivientes de algún trauma. No me cabe la menor duda de que un gran porcentaje de ellos padecía hambre de piel. A veces su cuerpo me parecía un tapiz de bocas invisibles, todas clamando por ser alimentadas.

Durante mi primer año, prefería las sesiones en las que los clientes buscaban afecto o cariño en vez de castigo físico o humillación porque ya sabía cómo se ofrecía ese servicio. Con el tiempo, mi comodidad con las sesiones más sensuales se volvió aversión, y luego la aversión se tornó repulsión, y después mi repulsión terminó por convertirse en odio. Fingir esa ternura era traicionarme, era peor que otros actos violentos y que muchos actos sexuales. Dejar entrar a esos extraños, demandantes y desesperados, al espacio (tanto físico como psíquico) reservado para las personas que amo amenazaba con contaminarlo. Entendí instintivamente que no podía dejarlos entrar, por riesgo a que el significado de esas acciones cambiara para mí. Así que los dejé afuera. Me disocié de la experiencia. En realidad, tal vez sería más preciso decir que yo me quedé adentro. Tomé la parte de mí que gritaba ante su tacto y la encerré en un lugar donde no alcanzaba a escucharla. Atenué las luces en la casa de mi ser y cerré con llave la puerta de la habitación.

Luego, cuando la gente me preguntaba qué sentía durante esas sesiones, yo contestaba sinceramente: “Nada”.

Nunca me refiero a mis años de trabajadora sexual como traumáticos porque creo que eso sería una descripción inexacta y porque las imágenes mentales que despierta ese término serían incorrectas. El trauma, en especial en el contexto del trabajo sexual, se asocia al victimismo. A diferencia de muchas de las trabajadoras sexuales del mundo, a mí ninguna persona ni circunstancia me forzó al trabajo sexual. Etimológicamente, *trauma* proviene de la palabra griega para “herida”, y así es como solemos usarla hoy, para describir heri-

das físicas y también psíquicas. Mi experiencia con el trabajo sexual no fue hiriente per se, aunque algunos de los efectos longitudinales que noté en mí coinciden en parte (en su tenacidad e impacto emocional) con los de personas que sí salieron heridas. Tuve que pensar en esto con atención porque, según lo entiendo, el trauma es un evento que cambia a una persona o por el que una persona decide cambiar para poder resistir. Es un evento que reformula el mapa psíquico o emocional de forma duradera y que luego resulta inhibitorio. Todo esto describe mi experiencia como trabajadora sexual. Pero el punto de partida, esa *herida* inicial, y la connotación de victimización que acarrea, no representa mi experiencia. Me encantaría que existiera otra palabra, una que implique un cambio importante y a veces hasta inhibitorio, pero que deje de lado la herida y la victimización inherentes al *trauma*, un término ya demasiado cargado y trillado más allá de su definición clínica. Por ahora, uso la palabra *evento*, cuya etimología sugiere consecuencias en vez de heridas. No me interesa definir mis experiencias como heridas sino examinar sus consecuencias.

Imagino que esa disociación voluntaria, esa luz tenue, causó en mi cerebro un efecto similar a lo que se observa en el de sobrevivientes de trauma. En la resonancia magnética de un paciente con este tipo de disociación (llamada “despersonalización” en casos extremos), el cerebro aparece vacío, con algunas manchas desperdigadas. Hay una disminución drástica de la actividad cerebral y los pensamientos de la persona disociada se empantanan como una cuchara en una pasta espesa. Una mujer a la que entrevisté le llamó “sensación de congelamiento”.

A menudo se la describe como una experiencia extracorporal, una sensación de desdoblamiento del cuerpo físico, como si se lo viera desde afuera, como si se tratara de un personaje en una maqueta. Esta es la razón por la cual esta sensación es tan efectiva como mecanismo de supervivencia. El ser “congelado” no siente, pero todo se le queda grabado en el cuerpo. Al fin y al cabo, el cuerpo funciona como un ábaco que lleva la cuenta de lo que nuestra memoria olvida.

Pero la disociación solo funcionó durante un tiempo. Para mi tercer año, ya casi no podía aguantar que mis clientes me tocaran. Al final, me acuerdo de un cliente habitual que tenía una sesión de treinta minutos cada una o dos semanas. Quería que le masajeara las piernas durante la media hora entera. A veces, con sus pantorrillas tensas y ásperas entre las manos, me sobresaltaba una ira interior tan grande que tenía que salir de la habitación.

Ni se me pasó todo esto por la cabeza cuando fui a la fiesta de abrazos.

Conmigo al volante, fuimos con Donika y Mairo desde Brooklyn al Upper East Side un sábado a la tarde. Era primavera. Mairo aceptó acompañarnos, aunque había dejado en claro su rotundo escepticismo.

“¿Y estos de dónde salieron?”, preguntó desde el asiento trasero mientras íbamos por la Third Avenue. “No puedo creer que me presté para esto”.

Llegamos a la dirección y tocamos el timbre de lo que en el email de confirmación aparecía con el nombre de “Loft Holístico”.

En el descanso de una escalera angosta había una hilera de zapatos. Nos sacamos los nuestros también y entramos. Adentro había un montón de gente, incluido un hombre que nos preguntó cómo nos llamábamos y procedió a tachar nuestros nombres en una lista. “Yo soy Adam”, dijo, y me di cuenta de que era el fundador de Cuddlist. Las entradas, por orden de llegada, se habían agotado enseguida. Por veinticinco dólares, nosotras habíamos conseguido reservar las nuestras.

Algunas personas descalzas hacían cola para entrar al baño y otras dos estaban en la cocina sosteniendo una sábana para que una tercera se cambiara de ropa. Como nosotras ya habíamos ido en pijama, entramos directamente al loft. Mi primera impresión fue que casi todos eran hombres, unos dos tercios del grupo. Era de esperar. Igual que en las fiestas sexuales mixtas (a las que solo fui un par de veces a los veinte, pero en cuyo mundillo circulé por años) y en muchos clubes nocturnos, siempre hay un excedente de hombres y los organizadores tienen que ponerse estratégicos para atraer a mujeres. Me imaginé que nosotras tres éramos muy bienvenidas. Las miradas que recibimos cuando ingresamos al salón lo confirmaron. Me puse un poco nerviosa, como si acabáramos de entrar al altar de los hombres solitarios.

Habían decorado el espacio como si fuera una cama gigante. Había unos almohadones enormes, mantas y almohadas en el piso, y unos silloncitos contra la pared. La luz de la tarde entraba por las ventanas, que exhibían una colección de cristales variados.

Nosotras tres nos acomodamos en un lugar disponible en el piso. El rango etario de los participantes iba de los veinte

hasta los cincuenta. A nuestro lado teníamos sentado a un muchacho agraciado, con aspecto nervioso, y a un hombre y una mujer de unos treinta años que ya estaban abrazándose. Ella estaba inclinada de espaldas sobre él. Él la rodeaba con el brazo en un gesto íntimo. Su sensualidad desentonaba un poco con la fiesta, pero asumí que se trataba de una pareja. Mi novia y yo habíamos acordado no estar juntas en la fiesta. Primero y principal porque eso le restaría sentido al evento y, en segundo lugar, porque no queríamos arriesgarnos a romper la regla platónica. A esta pareja no parecía importarle. Ella tenía puesto un short revelador y una camiseta blanca, pese a lo que la página web y los correos habían avisado a los participantes: “Se puede usar jogging, pero por favor ni shorts ni musculosas. Menos encaje, más algodón. Nada de lencería”. Cuando se presentó, su simpatía me pareció sugerente y performativa. Era su primera fiesta de abrazos, me dijo. La energía medio swinger que su novio y ella emanaban me era conocida. Me hacía acordar a las parejas con las que a veces trabajaba como dominatriz. Las mujeres nunca venían solas, y cuando venían acompañadas, casi siempre había sido la idea del hombre. Me alejé de ellxs.

El muchacho nervioso y yo intercambiamos sonrisas cordiales y nos presentamos. También era su primera vez. Al otro lado del salón vi a un hombre de mi edad con un mame-luco turquesa. Era como un pijama de bebé, pero en versión adulta. Le estaba acariciando el brazo a una rubia jovial con unos pantalones de franela y una camiseta vieja. A diferencia de la pareja, sus mimos parecían platónicos y seguro eran hábitos de la fiesta. Algunos hombres estaban sentados solos, incómodos, sin hablar con nadie. Era fácil reconocer a

los participantes habituales: charlaban, se abrazaban y animaban a presentarse a los que andaban solos. La mayoría de las personas eran blancas. Creo que había incluso menos personas racializadas que mujeres. Más allá de mis compañeras (ambas mujeres negras) no había ni cinco personas que no fueran blancas entre los treinta y tantos participantes.

Pronto, Adam nos llamó a armar una ronda que recorría el perímetro entero del salón. Con un tono afable, repasó el reglamento de la fiesta. Ya nos lo habían enviado por email a todos los participantes:

1. Pijamas puestos, todo el tiempo.
2. No hace falta que abras a nadie, nunca.
3. Antes de tocar a alguien, debes pedir permiso y obtener un SÍ verbal como respuesta. (Sé lo más específico que puedas en tu pedido).
4. Si tu respuesta es sí, di SÍ. Si tu respuesta es no, di NO.
5. Si tu respuesta es tal vez, di NO.
6. Estás en todo tu derecho de cambiar de opinión.
7. Habla con tu pareja y respeta los términos de su relación.
8. Acude al organizador o moderador si tienes preguntas o necesitas ayuda.
9. Las lágrimas y las risas son bienvenidas.
10. Respeta la privacidad de los participantes cuando hables sobre la fiesta.
11. Mantén el salón en orden.

Algunas de las reglas eran obvias, como dejarse el pijama puesto o respetar la privacidad de los participantes. Otras, si bien eran lógicas, jamás las había escuchado, como “estás en todo tu derecho de cambiar de opinión”. Había leído las reglas antes de decidirme a asistir y me había alentado el énfasis en el consentimiento, pero esto era incluso más pronunciado en la práctica.

Adam reconoció lo difícil que puede ser poner límites claros. Dijo que muchos de nosotrxs no aprendimos a decir que no en nuestras familias ni a diferenciar entre distintos tipos de contacto físico. Cuando llegamos a la tercera regla —“Antes de tocar a alguien, debes pedir permiso y obtener un SÍ verbal como respuesta”—, nos pidió que nos pusiéramos en pareja con alguien que tuviéramos cerca para hacer un ejercicio. Uno tenía que preguntar “¿Nos abrazamos?”. La otra persona debía responder “No”. Entonces, el primer participante tenía que decir: “Gracias por cuidarte”.

El muchacho y yo nos paramos cara a cara.

“¿Nos abrazamos?”, preguntó.

“No”, contesté, y mi boca sonrió involuntariamente, como si tuviera que suavizar el rechazo. Me puse colorada y sentí que estaba pestañeando demasiado rápido. ¿De verdad me era tan difícil dar un no anticipado? Empecé a incomodarme, sorprendida por mi reacción al ejercicio.

A continuación, Adam nos pidió que repitiéramos la actividad, pero que esta vez le preguntáramos a nuestra pareja “¿Puedo darte un beso?”. Besarse está prohibido en la fiesta, así que este ejercicio era todavía más inocuo que el anterior. Yo no tenía ningún interés en besar al muchacho, pero

fingirlo, incluso en este contexto tan transparente, aumentó exponencialmente mi incomodidad. Entendí que pretender tener un interés sexual era más arriesgado para mí que para él. Una invitación sexual de parte de una mujer puede tener consecuencias peligrosas, incluso dentro de esta simulación. La voz me salió ronca cuando le hice la pregunta y él se sonrojó al decirme que no. Cuando fue su turno de preguntarme, y yo volví a rechazarlo, mi tono fue tan pesaroso que me pareció absurdo. Era como si no pudiera controlar mis emociones: igual que una manguera pinchada, las palabras se me disparaban para cualquier lado. Fue un alivio cuando Adam nos llamó de vuelta a la ronda para seguir repasando el reglamento.

El énfasis no solo en el consentimiento sino en el consentimiento *entusiasta* era conmovedor. Me considero una persona versada en el diálogo contemporáneo sobre el consentimiento. Pero esta era la primera vez fuera de mi relación monógama en la que se me animaba al consentimiento entusiasta y se reconocía mi derecho a cambiar de opinión. La cultura del BDSM también hace hincapié en el consentimiento entusiasta y sostenido, y en delinear claramente los límites. Pero mi experiencia había sido en el ámbito comercial del sadomasoquismo. Si bien había cosas que jamás hubiera hecho, en general mis clientes pagaban por mi consentimiento y la ilusión del entusiasmo.

Para cuando terminamos la lectura del reglamento yo ya estaba lista para irme. No tenía ganas de abrazarme con nadie y el ejercicio me había dejado exhausta. Una música instrumental de spa sonaba de fondo mientras todos empezaron a

entrelazarse en los almohadones. El hombre con mameluco turquesa se me acercó. Era buenmozo, de tez olivácea y ojos color miel, pero lucía desconcertantemente infantil vestido así. No tenía ningún sentimiento en particular hacia él. Era un hombre más.

“Hola”, dijo con simpatía. “¿Quieres hacer cucharita?”

“Bueno”, dije. Ni siquiera me di un segundo para considerar si de verdad quería cucharear con él. No me detuve a pensarlo. Directamente acepté, y nos acomodamos sobre una manta tejida en el suelo. Se acurrucó detrás de mí y me abrazó. No pensé: *No quiero a este tipo encima*. Mi incomodidad ni se me pasó por la cabeza. Fue más como un cambio en la temperatura o una baja de luz, una textura dentro de mí que se endureció.

“¿Puedo acariciarte el brazo?”, me preguntó.

Asentí con la cabeza, olvidándome del requisito de consentimiento verbal de la fiesta. Sentí su cuerpo cálido contra el mío, pero no había mayor contacto físico que el de su caricia en mi brazo, el roce de la manga del mameluco contra mi piel. Pensé en qué estaría haciendo mi novia, si también la estaría cuchareando un extraño, si le estaría gustando. Me pregunté cuánto tiempo debía permanecer en esta posición para evitar quedar mal. Hubiera sido generoso describir lo que me estaba pasando como un “tal vez”, pero no consideré la regla cinco: “Si tu respuesta es tal vez, di NO”. No me sentía en “todo mi derecho de cambiar de opinión”. Es decir, más allá del reglamento de la fiesta, era evidente que yo me regía por mis propias reglas. Ya no estaba en el tenue Loft Holístico de mis treintilargos, sino en un espacio crepuscular en el que los pensamientos se movían como sueños a medio recordar.

Era un pasillo con una puerta cerrada al final. Ahí, era una extraña a medias.

“¿Puedo acurrucarme con ustedes?”, preguntó una voz de mujer. Levanté la vista y vi a la chica swinger arrodillada al lado nuestro.

“Por mí, todo bien”, dijo el del mameluco. Ella no esperó a que yo respondiera y se acomodó detrás de él. En un sándwich entre las dos, él suspiró de contento. Sentí su aliento en el pelo y empecé a mirar la manta sobre la que estábamos acostados. Era de color lavanda y estaba muy gastada. Me pregunté cada cuánto la lavarían.

La mano de la mujer se escurrió por la cintura de él y empezó a acariciar la mía. Eso me confundió. En primer lugar, no sabía quién me estaba tocando y, en segundo, tampoco entendía por qué me hacía sentir tan mal. Me di cuenta de que no me había preguntado. Su tacto vibraba igual que su voz. Había algo de volátil en su desfachatez performática, en la energía sexual que emanaba. De más joven, yo también me había comportado así. Sabía bien que esa performance era inherentemente irónica: su sentido real era opuesto al que expresaba. Los deseos reales de quienes actúan así están escondidos, inaccesibles a veces incluso para ellos mismos. Este desdoblamiento los vuelve comunicadores dudosos de su propio consentimiento y detectores pobres del de otros. Mientras ella me tocaba, yo sabía todo esto. No conscientemente, pero sí en la repulsión instintiva que sentía en el cuerpo. Por fin, se me ocurrió algo: no tenía por qué aguantarlo.

Me aparté de ellos, sonriendo. “Voy a dar una vuelta”, les dije, y me fui a la cocina. Si me hubiera podido sacudir de pies

a cabeza (como un perro después de un baño) para soltar la tensión que había acumulado, lo habría hecho. En cambio, picoteé algo de entre los bastones de zanahorias, las almendras y los cuadraditos de chocolate que había en la mesada. Sola, parada desde la cocina, admiré el paisaje de abrazos y mimos. Los participantes me hacían acordar a los perros de las praderas que una vez había visto en una exhibición en el Museo del Desierto de Arizona-Sonora. Siempre andaban en grupo, acurrucados, con una aparente predilección por la cercanía física.

Cuando Adam nos indicó que quedaban solo veinte minutos, respiré profundo. Un solo encuentro no era suficiente para *experimentar* la fiesta, ¿no? Los otros participantes parecían muy contentos. Tal vez era que había empezado con parejas incompatibles. Con cautela, volví al salón y me senté cerca de la pared. El muchacho con el que había hecho el ejercicio al principio vino enseguida y, algo incómodo, me preguntó si quería hacerme mimos con él. Le sonreí y dejé salir un sonido evasivo, como una brisa metiéndose por una ventana abierta en mí.

“¿Qué tipo de mimos?”, le pregunté.

“¿Así?”, me dijo señalando a una pareja que estaba entrelazada cara a cara, la pierna de uno en la cadera del otro.

El *no* me sonó como un gong adentro, seguido de una ola de pánico. “Y si en vez de eso hacemos algo un poco más... ¿ligero?”, sugerí. Mientras hablaba sentí que la cara se me transformaba como si a mí también me desilusionara no tener ganas de entrelazarme así con un extraño.

A pesar de sus evidentes nervios, me pareció detectar un dejo de molestia cuando dijo “¿Como qué?”.

“Podemos tomarnos de la mano”, le ofrecí. No podía controlar mi cara.

“¿Qué te parece si te hago masajes en los hombros?”, contraofertó.

Asentí. Se sentó detrás de mí y su calor y tensión corporal se abalanzaron como una sombra por mi espalda. Traté de no alejarme de él. Durante unos minutos, pasó sus manos inexpertas por mis hombros. Sentía su sudor frío sobre mi camiseta de algodón. Cuando Adam anunció que debíamos volver a la ronda para el cierre, enseguida me paré y le sonreí a mi pésimo masajista.

De a poco, los participantes fueron acercándose. Se los veía más relajados y radiantes, como si su hambre de piel hubiera sido saciada. Algunos hasta seguían abrazados mientras íbamos tomándonos de las manos para la ronda. Adam nos guio en una breve meditación y luego invitó a los participantes a compartir unas palabras sobre su experiencia.

“¡Increíble!”, gritó alguien y el comentario fue recibido con algunas risas.

Cuando la fiesta terminó y Donika volvió del otro lado del salón, la abracé fuerte y me hundí en ella como una nena, como si el contacto físico con su cuerpo fuera un refugio que necesitaba con desesperación.

“Hola, mi amor”, me dijo y me dio un beso en la frente.

Las tres salimos del loft y nos pusimos los zapatos. En la escalera, me bajó un alivio vertiginoso.

Afuera el sol ya se había puesto. En el viaje de vuelta a Brooklyn, las luces de las tiendas y los restaurantes en la avenida iluminaban nuestras caras mientras yo escuchaba a mis

acompañantes contar lo placentera que les había resultado la experiencia. A Mairo le había sorprendido la facilidad con la que había logrado mimarse con alguien. Su risa era tímida pero alegre mientras nosotras la cargábamos. Donika también parecía a gusto con el éxito del evento. Se había abrazado con la misma mujer durante casi toda la fiesta. Ni ella ni Mairo mostraban rastro de la maraña de sentimientos de la que yo era presa. A medida que las escuchaba y notaba las drásticas diferencias entre nuestras experiencias, me fui quedando en silencio. Algo, una pizca de pena o vergüenza, se despertó en mí.

“Era justo lo que quería”, dijo Donika. “¿Y a ti cómo te fue, cariño?”.

“No sé”, dije despacio. Traté de explicar la sensación que había tenido en la fiesta. Me había percatado solo a medias en el loft, pero incluso ahora, con tan poca retrospectiva, lo tenía en claro. Esa combinación particular de desesperación, soledad y superioridad de los hombres me había chocado, como el perfume de una expareja en el cuello de un desconocido por la calle. Eran tan vulnerables, pero a su vez mostraban tal frialdad. La desesperación puede ser un estado de profundo egocentrismo. Los desesperados no necesariamente ven el mundo y sus habitantes con la misma distancia despreocupada de los alegres. Tienen el sentido aguzado para saciar sus necesidades. Mi pasado me había enseñado que la devoción de los necesitados (que yo conocía de ambos lados) si bien total, no siempre es amorosa. Puede tener también un costado mercenario.

“Fue como estar en un salón repleto de mis clientes de cuando era dominatriz”, les dije.

“¡Y encima esta vez ni siquiera te pagaron!”, respondió Mairo jocosa.

Era más profundo que eso. Me habían hecho acordar a mi papá, un alcohólico profesional que recién conocí a mis treinta y que murió poco después. Durante los meses que estuvimos en contacto, él se había comportado como queriendo forjar conmigo una conexión emocional en la que yo no tenía ningún interés. En realidad, sospecho que lo que quería era dinero.

Mis amigas también habían reconocido esa cualidad lamentable en algunos de los hombres, pero esto no había teñido su experiencia de la fiesta. Tan solo los habían ignorado (eran una minoría entre los participantes) y se habían relacionado con las personas con quienes habían querido. Me pregunté entonces: ¿por qué a mí me habían afectado tanto? La fiesta me había dejado perturbada, más allá de esos hombres. Tenía que ver con lo intenso que había sido mi instinto de darles lo que querían, como si no tuviera otra opción.

En el sueño, siempre hay un hombre. Quiere entrar. Sé que quiere lastimarme, pero no puedo demostrarle que lo sé. Eso sería provocarlo y yo no podría defenderme. Está afuera. Se hace pasar por un cartero o un albañil, por cualquier hombre con un motivo para estar del otro lado de la puerta. A veces mi perro, que murió hace cinco años, ladra rabiosamente a la ventana y da vueltas por toda la casa. Es la de mi madre, oscura como una cabaña, sin remodelar todavía, como era

cuando yo era chica. Soy amable. Le sonrío. Me hago la tonta. No debo dejarlo entrar. No debo decirle que no.

Tengo este sueño desde niña. Lo tuve después de la fiesta. Lo tuve, por alguna misteriosa razón, todas las noches cuando tenía veintisiete años. Lo tuve la semana pasada. A veces no es la casa de mi madre. A veces no hay casa. Pero siempre debo escapar del hombre que quiere lastimarme. No debo mostrarle mi miedo. No debo provocarlo.

Jamás se metieron ladrones en mi casa. Nunca fui violada. No se trata de la reconstrucción de un trauma sino de la preocupación por una amenaza: la necesidad y el problema de rechazar sin tener que decir que no.

Llegando al final de la fiesta, un hombre se le acercó a Donika y le preguntó si quería abrazarse. Le explicó que casi todos los participantes le habían dicho que no. Él les había agradecido por cuidarse. Estaba triste ante la posibilidad de irse con su hambre de piel todavía voraz. Mi novia no le debía nada, pero se compadeció. El hombre estaba desesperado, pero no era arrogante. Había venido en busca de contacto físico y no lo había encontrado. Ella no quería abrazarlo, pero consideró otras formas de afecto que la harían sentir cómoda, si es que ese era el caso.

“Podríamos sentarnos y tomarnos de la mano un ratito”, le dijo. Él aceptó y así lo hicieron. “Fue lindo”, me dijo ella después.

Donika es del tipo de persona que, después de acabar, adelanta la película porno para asegurarse de que todos

hayan acabado también. Es muy compasiva y sensible, pero no me la imagino dándole consentimiento a alguien a quien no quería abrazar. Es decir que compadecer y conceder no son sinónimos. De hecho, creo que el instinto de subsumir nuestros deseos en los de otra persona puede inhibir la empatía. La impresión que Donika se llevó de la fiesta no estuvo particularmente marcada por la desesperación ajena porque no representaba para ella una amenaza. El “no” le salía fácil. Además, ella también estaba en busca de contacto físico. Todo esto para decir: el tema no era la fiesta, era yo.

Durante los días siguientes continuamos charlando sobre la fiesta y llegué a la conclusión de que mi consentimiento no había tenido que ver con la empatía sino con otra cosa. Cuando el tipo del mameluco me propuso hacer cucharita, el “sí”, me salió de adentro. Había viajado por una ruta ya conocida, sobre ruedas. Mi cuerpo reconoció la situación e identificó la complacencia como única opción. Este instinto primó de inmediato, aun por sobre mis propios intereses. Con el correr de los días, cada vez me sorprendía más la facilidad con la que había concedido. Fue un instante y mis luces se apagaron. Me acordé de cómo me había quedado mirando la manta gastada mientras él me acariciaba el brazo, de mi silencio cuando la mujer me tocó sin preguntarme antes, de la forma en la que negocié con el muchacho un masaje que en realidad no quería.

Le conté a Donika de mi pánico durante el ejercicio en el que la *regla* era decir que no. ¿De dónde saqué que tenía que negociar como si estuviera obligada a llegar a un acuerdo por mi cuerpo? Sabía que no era solo un tema de lástima. El

mundo está lleno de gente solitaria a la que no le debo nada. ¿Por qué no me había disuadido su tono molesto? Y más importante aún: ¿por qué no me había disuadido mi propia falta de interés? Mi reacción me dejó desconcertada, perturbada.

“Creo que tenemos que volver”, me dijo.

La miré afligida.

“Tenemos que volver así les dices que no a todos. Explícitamente para que puedas decirles que no”.

“¿No sería un poco maleducado eso?”, le dije. “Es como ir a un buen restaurante y pedir solo un vaso de agua”.

“*No hace falta que abras a nadie, nunca*”, me recordó. “Me parece que parte de su misión es justamente ayudar a la gente a practicar eso”.

Era una buena idea. ¿Pero cómo podía evitar caer en ese mismo estado crepuscular de pasividad? Cuando renuncié a mi trabajo como dominatriz, tuve que trabajar mucho para poder recuperar los sentimientos que había perdido entre esas luces tenues. La verdad del cuerpo, aprendí, queda grabada, quizás detrás de una puerta cerrada o en un rincón oscuro. Pero lo que pasa en la oscuridad, pasa, aunque no puedas verlo.

En el libro *El cuerpo lleva la cuenta*, Bessel van der Kolk explica que “la gente solo puede superar un trauma cuando las estructuras cerebrales que quedaron fuera de combate durante la experiencia original están de nuevo conectadas”. Cualquiera que haya tenido una experiencia positiva de psicoterapia sabe muy bien que el anclaje en el presente mientras se revisita el pasado es fundamental para el potencial curativo y “abre la posibilidad de saber profundamente que esos

acontecimientos terribles pertenecen al pasado”. La fiesta de abrazos no fue traumática, pero significó el retorno de un guion ya conocido para mí. Si volvía, era en busca de una especie de experiencia terapéutica que requeriría estar más preparada que la primera vez. Para eso, necesitaba más información. Si quería desechar ese guion, tenía que entender cuándo y por qué había sido escrito.

“¡Estabas poseída por el patriarcado!”, me dijo mi amiga Ada cuando le conté sobre la fiesta. “¿Te acuerdas de cuando me pasó a mí?”. Me acordaba. Una tarde, Tim, el abogado con el que estaba acostándose, no pudo acabar. “Creo que estoy demasiado estimulado”, le dijo sin hacerse problema y después se dio cuenta de que ya era hora de volver a la oficina. Tim siempre acababa. Ada solo llegaba al orgasmo la mitad de las veces que tenían sexo, pero no le importaba. Sin embargo, ese día la abrumó una sensación de inseguridad y pánico. Él se había tomado el tren hasta la casa de ella en Midtown ¡y ella le había hecho perder el tiempo! Mientras él se vestía, ella no podía dejar de balbucear todo esto en voz alta y, muy a su pesar, de llorar.

“¡No podía parar!”, me contó. “En el fondo yo sabía que no tenía nada que ver conmigo, que seguía pareciéndole atractiva y que, en realidad, no era para tanto, pero no podía parar. Fue literalmente como estar poseída”.

Asentí con la cabeza. Ahora entendía la conexión entre nuestras experiencias. Las dos habíamos priorizado las necesidades de los hombres, a contramano de nuestras creencias reales y de la realidad de nuestras situaciones.

Cuando Ada le contó a otra amiga lo que había pasado, ella exclamó: “¡Tuviste un ataque de patriarcado! Como un ataque de pánico o cardíaco, ¡ataque de patriarcado!”

Se agarraba la cabeza ahora que nos acordábamos del incidente. “El patriarcado nos coloniza el cerebro como un virus”, dijo. Era una comparación acertada. Al igual que un virus, el patriarcado daña los sistemas que infecta y depende de la replicación para sobrevivir. Prospera en quienes no son conscientes de su presencia y a veces hasta en quienes trabajan activamente para expulsarlo.

El patriarcado es la casa en la que todos vivimos. Posee toda la cultura e industria occidental y lo ha hecho durante siglos. Pero entendía a qué se refería. A veces, aunque hayamos trabajado mucho para librarnos de los valores patriarcales, podemos de repente tener una regresión. Incluso las mujeres más realizadas que conozco tienen voces interiores que aún responden a las mismas estructuras de poder que han condenado intelectualmente durante mucho tiempo. De buenas a primeras, aparecen: *¡No comas eso!*

En términos generales, sí, estaba poseída por el patriarcado. Aun así, había logrado desactivar muchos de sus mecanismos. Ya no odiaba mi cuerpo. Me encantaban mis manos grandes y mi naturaleza salvaje. Jamás volvería a padecer por culpa de un acechador como me había pasado a los veinte, ni siquiera por un desubicado en el subte. Ni siquiera me acostaba con hombres desde hacía años.

¿Me importaba acaso mi reputación? ¿Pensaba que todos los hombres eran versiones de Gus Trenor en *La casa de la alegría*, que creía que “al hombre que paga la cena suele per-

mitírsele sentarse a la mesa”? ¿Que podían arruinarme la vida si los rechazaba? No sabía la respuesta, pero ese mecanismo parecía seguir intacto. Para entenderlo, tenía que encontrar a la Melissa que lo había adoptado. Tal vez sería más apropiado decir que estaba poseída por esa parte más joven de mí misma. Era claro que no podía volver a la fiesta y tener una experiencia distinta hasta que no la encontrara.

Tenía sentido empezar por el trabajo sexual, la experiencia que más evidentemente había evocado la fiesta. Durante más de tres años, mi trabajo había sido anular mi deseo —o mi falta de deseo— para hacerles lugar a las fantasías eróticas de otros. Claro que un salón lleno de hombres me causaba rechazo. Me hacían acordar a mis clientes. Las vías neuronales socarradas durante ese período sacaron chispa y activaron viejas reacciones.

Pero yo *había* vuelto. Había pasado por la operación de rescate de esos sentimientos perdidos. Había escrito un libro entero sobre eso. La primera vez que hablé abiertamente sobre el consentimiento fue también por esos años. No había un código de conducta escrito, pero antes de cada sesión teníamos una conversación franca con el cliente sobre lo que haríamos y lo que no haríamos. Teníamos palabras de seguridad. A pesar de que el trabajo sexual me había condicionado a anularme, también me había dado el vocabulario para hablar de mis límites.

Me dieron ganas de hablar con otras extrabajadoras sexuales, así que llamé a algunas amigas.

“Bueno, claro”, me dijo Lara, que también es escritora. “Técnicamente podías terminar una sesión cuando querías, pero ¿alguna vez lo hiciste?”

Lara es una rubia despampanante muy ocurrente que tomó algunos trabajos de stripper a los veinte. Una vez me contó sobre su rol como “bikini girl” en un torneo de golf. Tenía que andar en los carritos con clientes y hacerles un baile privado cuando se lo pidieran. “Pero no me pedían una mierda”, me dijo. “Un tipo me quiso agarrar una teta y yo salí corriendo. Las otras strippers se burlaban. Pensaban que era una tarada porque obviamente no gané nada de plata así”.

Cuando les pregunté a mis entrevistadas si alguna vez habían consentido un contacto físico no deseado en el trabajo, la respuesta fue unánime.

“Casi todos los días”, dijo Molly, otra vieja amiga que conocí en el calabozo donde trabajábamos las dos.

“Bueno, jamás disfruté del sexo por el que me pagaban”, dijo Brynn, una excolega y madre de dos hijos. “Pero igual lo hacía por el dinero. Y, como todo, algunas veces era más fácil de tolerar que otras”.

“Pero claro”, dijo Sophie, una artista inmigrante rusa que había empezado como stripper de adolescente. “Igual lo cierto es que tampoco estaba tan presente en mi cuerpo como para llegar a odiarlo”.

Todas más o menos coincidían en las herramientas con las que las había equipado el trabajo.

“Trabajar de acompañante me enseñó mucho sobre el consentimiento”, me explicó Brynn. “Como me acostumbré a

negociar de antemano con mis clientes lo que haría y no haría por dinero, también aprendí a decir lo que haría y no haría en mi vida sexual privada”.

De manera similar, Molly me dijo: “Creo que el trabajo sexual me enseñó a negociar el consentimiento, al menos de manera explícita. Lo que hay por debajo —cuando digo que sí, con sus bemoles— es más difícil de desentrañar”.

Ninguna de sus respuestas echó luz sobre mi reacción adversa a la fiesta de abrazos. Empecé a entender por dónde iba la cosa recién cuando les pregunté si alguna vez habían consentido un contacto físico no deseado o ambivalente *antes* de convertirse en trabajadoras sexuales.

“Todo el tiempo”, dijo Brynn. “Estaba convencida de que esa era mi función, de que solo servía para darles placer a los hombres... Durante mucho tiempo estuve muy confundida, no sabía realmente a quién le pertenecía mi cuerpo. Me empezó a interesar el sexo recién a los quince años y para ese entonces ya hacía tres que era activa sexualmente. ¡Ni siquiera sabía que las chicas también podían disfrutar del sexo!”

Molly agregó: “Creo que siempre sentí una desconexión entre el deseo de ser tocada y la negociación del significado de ese contacto. En esa época tenía sexo por muchas razones, pero casi nunca era por un deseo físico”.

“En algún punto, básicamente tenía miedo de no poder complacer”, explicó Sophie.

“Para ser sincera, creo que el consentimiento ambivalente era lo mejor a lo que podía aspirar hasta que cumplí veintitrés años más o menos, y eso que venía teniendo sexo desde los dieciséis”, dijo Lara encogiéndose de hombros.

Las historias de estas extrabajadoras sexuales, en todo caso, iban a contracorriente de los argumentos que dicen que el trabajo sexual aumenta las posibilidades de consentir un contacto físico no deseado. Empecé a pensar en los otros factores comunes que habían mencionado y que las habían preparado para dar lo que llamo “consentimiento vacío”. Decidí hacer un sondeo, entonces, de algunas mujeres que no habían trabajado jamás en la industria del sexo. Diseñé una encuesta basada en mi propia experiencia y se la envié a amigas y a amigas de amigas. Al final, obtuve treinta respuestas. En general, quienes la contestaron eran mujeres de entre treinta y cuarenta años, educadas y de clase media. La mitad de ellas se identificaba como blanca y la otra mitad como negra, latina, indígena o multirracial. Era, por supuesto, un grupo bastante exclusivo.

No estaba preparada para leer las respuestas. A menudo contaban episodios extensos con lujo de detalles. Vidas enteras marcadas por el contacto físico no deseado. Muchas de las mujeres escribieron al final que nunca habían hablado de sus experiencias con nadie, a veces ni siquiera con ellas mismas. *Aunque no leas esto, decían, igual me alegro de haberlo escrito.* Recién cuando alguien les preguntó se dieron cuenta de lo mucho que tenían para decir. A pesar de lo tremendo que había sido la lectura para mí, me alegré de haberles preguntado.

Empecé la encuesta preguntándoles si alguna vez habían sufrido un contacto físico no consensuado. Todas dijeron que sí: desde una violación hasta un manoseo en público. Otras mencionaron los abrazos desubicados de un jefe y una habló del “roce cuáquero”, el término que algunas feligresas usaban en privado para referirse a los abrazos en la congregación.

“Desde mis veinte hasta los treinta (cuando me casé), que me tocaran sin consentimiento era para mí parte de lo que significaba ser mujer”, me explicó una entrevistada. “Me pasaba todo el tiempo. Como mujer, tenía que rezongar o reírme y seguir con mi vida como si nada. Estoy segura de que hay muchos, muchos incidentes que tengo reprimidos. Cuando el movimiento #MeToo llegó a las redes sociales, lo primero que pensé fue que no podía ser que tantas mujeres fueran abusadas. Pero después me puse a hacer un inventario personal. Fue toda una revelación. Me habían agredido/tocado/manipulado muchas veces, todos los años, durante casi dos décadas”.

Esto lo sabemos, ¿no es cierto? Sabemos lo común que es la violencia sexual. Una de cada cuatro mujeres sufre agresiones. Pero no encontré información sobre la frecuencia con la que nos tocan sin nuestro consentimiento desde que somos chicas: pellizcos en la mejilla, estrujones de hombros, palmadas en las piernas, abrazos incómodos, caricias de extraños. En verdad, no hace falta hurgar demasiado para entender por qué una mujer podría estar confundida, no entender “a quién le pertenecía su cuerpo”. O incluso por qué habría consentido cucharear con un extraño. Desde que nacemos, nos enseñan a no rechazar las manos ajenas, excepto en el improbable caso de que esas manos nos estén ofreciendo

un chupetín desde una camioneta sospechosa. Es el entrenamiento perfecto para toda una vida de consentir contacto físico no deseado. Una cosa es gritarle a un hombre que te está susurrando obscenidades por la ventana a medianoche y otra muy distinta es rechazar algo que has tolerado desde chica. ¿Cómo aprendemos incluso a reconocer la diferencia?

“Creo que se podría decir que cuando perdí la virginidad di consentimiento ambivalente”, dijo Ella, cuando le pregunté si alguna vez había dado consentimiento vacío.

“Cada vez que tuve sexo. Literalmente. En todos los encuentros sexuales que tuve, siempre hubo un elemento de ambivalencia”, dijo Holly.

“Por dios, claro que sí”, dijo Allison.

Todas y cada una de ellas. Algunas durante décadas, otras toda la vida.

Derek y yo teníamos doce años. Los dos estallábamos de hormonas nuevas. Nos conocíamos desde la primaria. Algunos fines de semana iba caminando a su casa y nos besábamos en el piso de la habitación, entre su equipo de lacrosse y los controles del videojuego. Jamás me lo hubieran permitido en mi casa, pero la mamá de Derek era mucho más permisiva que la mía. Su hermana mayor, que estaba en el último año de la secundaria, acababa de tener un bebé. Su hermano Pat estaba en cuarto año y era mucho más lindo que él. Aunque nunca se fijó en mí, a mí me encantaba.

Una tarde, mientras Derek y yo comíamos unas papas fritas en la cocina, Pat llegó con unos amigos. Reconocí a uno

porque era el novio de una vecina. Eran chicos ruidosos y presumidos. Una delgada línea separaba su atractivo de su peligro. Cuando los ojos de Pat se posaron en mí por primera vez, me alboroté. Ya tenía edad suficiente como para darme cuenta de que estaba mandándose la parte frente a sus amigos. Sentí el vértigo desenfrenado de ese instinto, era como andar en bicicleta con una rueda floja. Pat me pidió que me metiera en el baño con ellos. Yo le vi la cara a Derek —*No lo hagas*, decía—, pero no pude detenerme. Era como si me hubiera subido a un barco y él se hubiera quedado en el muelle.

A los doce, ya sabía que era peligroso estar a solas con un grupo de chicos. A medida que iban encerrándome en un círculo, se me aceleró el corazón y empecé a temblar. No creo que hayan tenido un plan ni la intención explícita de lastimarme, seguro pensaron que no iba a decir que sí. Mi presencia ahora encendía una energía azulada entre ellos. Creo que todos sentíamos ese calor de lo que podía llegar a pasar. Cuando Pat me preguntó cuál de ellos me gustaba más, no dije que él, pese a que era la verdad. Pero es que había en él una cierta dureza más palpable que en el resto, una curiosidad por su fuerza y ganas de ponerla a prueba. Ahora que por fin me habían visto, sus ojos eran intensos como los de un animal; o como los de un chico que había atrapado uno.

Señalé al novio de mi vecina. Esperaba que su lealtad hacia ella me ofreciera algún tipo de protección. Los otros salieron del baño. ¿Estaban aliviados o decepcionados? Las dos cosas, tal vez.

Fue distinto besar a alguien tan alto, tan desconocido. Me metió los dedos por el pantalón y los deslizó adentro de mí.

Después me tomó de los hombros y me empujó hacia abajo. Firme, me hizo entender lo que quería. Traté de ser lo más recatada posible, indicando que estaban todos detrás de la puerta. Por suerte, aceptó que lo masturbara. No me acuerdo nada del acto ni de su pene. Sí me acuerdo del diseño de las toallas de mano que estaban colgadas detrás de él: flores azules.

No me acuerdo de la vergüenza cuando salí del baño. No me acuerdo nada más de ese día. Lo que sí me acuerdo es que nunca más volví a encontrarme con Derek, a quien quise mucho, en su casa después de la escuela. Me acuerdo de que un amigo en común, un chico grandote que adoraba, me dijo: “Derek me contó lo que pasó el sábado”. Jamás voy a olvidarme de su cara: una mezcla de repulsión y decepción. Nunca más volvió a mirarme con los mismos ojos.

Cuando empecé a salir con Donika y le conté sobre algunas de mis primeras experiencias sexuales con hombres, ella comentó que sonaban un poco traumáticas.

“No”, contesté enseguida. “Todo fue consensuado”.

Con tono escéptico, me dijo: “Aunque técnicamente haya habido consentimiento, si hay mucha diferencia de poder...”

No podía ser. Conocía a mujeres que habían pasado por traumas sexuales y mi experiencia no tenía nada que ver con lo que ellas habían sobrevivido. No había punto de comparación.

Hoy, mientras recuerdo esa tarde, pienso en las imágenes del cerebro vacío, en el diseño de flores azules, en mis pensamientos incorpóreos en la casa de Tiffany ascendiendo como un globo al techo del armario, en el aura verde de las hojas

mientras el chico que me escupía por fin me besó. De nuevo, se trataba de *eventos*, no de agresiones ni victimizaciones, pero tampoco diría que fueron parte de una experimentación sexual sana. Es decir, fueron experiencias que separaron en vez de integrar. Me gustaría poder decir que no fueron experiencias “normales”. Desafortunadamente, uno de los motivos por los que creo que no tenemos el vocabulario adecuado para hacer esta diferenciación es que estas experiencias son, de hecho, bastante normales.

Dada la cantidad de contacto físico no consensuado que las mujeres que entrevisté habían tenido durante su vida, no me sorprendió que muchas dieran consentimiento vacío por miedo a algo peor. A menudo negociaban algo menor a lo que el hombre buscaba. Una mujer me contó que, después de que su cita la penetrara con los dedos dos veces sin su consentimiento, le dijo que fueran un poco más despacio “y ahí pensé *voy a tener que ingeniármelas para irme del departamento*. Él era grandote. Yo estaba asustada. Le pedí que trajera agua y, después de beberla, directamente me paré y salí por la puerta”. Es posible que haya usado esa misma táctica en una de mis pesadillas recurrentes.

Sarah, escritora de treinta y cuatro años, me contó un incidente de cuando estudió en París. Un compañero estadounidense la manoseó en un taxi de vuelta a su residencia. Ella estaba tan segura de que él la violaría si lo rechazaba que aceptó ir a su casa: “Decidí seguirle la corriente. Era preferible a correr el riesgo de un ataque... La mera posibilidad (para

nada insignificante) de que no respetara mi ‘no’ hizo que me callara. Era la última oportunidad de conservar algo de poder, de decidir qué era lo que iba a pasar y qué iba a significar”. Después, le dijo a su novio en los Estados Unidos que se “había acostado con alguien”. La noticia “le rompió el corazón y arruinó nuestra relación. No le expliqué la situación ni los cálculos mentales que había hecho. Todavía no entendía lo que había pasado”.

“Casi siempre que acepté contacto físico no deseado fue por eso”, dijo Rita. “Es más fácil dejarlos hacer lo que quieran que arriesgarme a perder esa batalla”.

Lara me contó sobre “un tipo muy violento que quería ahorcarme cada vez que teníamos sexo. Yo nunca me animé a decir nada. No habría salido bien parada de esa. Me habría molido a palos”.

“Era más fácil acostarme con ellos que explicarles que no quería y hacerlos enojar”, dijo Charlotte.

Después del incidente del baño, cada tanto me cruzaba con el novio de mi vecina. Unos años más tarde, teníamos algunos amigos en común y a menudo estábamos en las mismas fiestas o íbamos en el mismo auto. En cada ocasión, me preguntaba si se acordaría de mí. (Obvio que sí). Cada vez que lo veía, me daba mucha vergüenza, no solo por mí y lo que yo había consentido, sino por él también, porque yo sabía lo que él había hecho. Sus acciones (haberme presionado, haber engañado a su novia) por alguna razón me daban vergüenza *a mí*, como si fuera una falta de respeto mía estar al tanto de ellas. Jamás

había hablado de esto con nadie. Estas son las primeras palabras que logro hilar sobre esa experiencia.

No hablar de algo puede convertirlo en un secreto. Los secretos, aunque a menudo sean una fuente de poder para quien los guarda, con el tiempo a veces terminan por convertirse en una fuente de vergüenza. Si te comportas como si algo fuera inenarrable, empiezas a pensar que lo es. Un año de llamadas intimidatorias y gestos ofensivos, por ejemplo. Un compañero de clase que te espía mientras estás con tu novia. Un extraño que te susurra obscenidades por la ventana de tu habitación. El odio contra tu propio cuerpo. ¿Acaso qué es más inenarrable que lo terrible? Que lo grotesco. Que lo penoso. Una de las definiciones del diccionario de *inenarrable* es “algo tan malo o tremendo que no puede ni ponerse en palabras”.

Veo entonces dos grandes imperativos que contribuyen al consentimiento vacío: la necesidad de proteger nuestros cuerpos de las represalias violentas de los hombres y la necesidad de proteger a esos mismos hombres de las consecuencias de sus propios actos (es decir, de asumir su responsabilidad personal). La vergüenza es solo nuestra. Es nuestra obligación cargar con ella.

Después de contarme sobre el incidente en París, Sarah me explicó: “Me daba pena hacerlo sentir mal, ponerlo en evidencia. Hubiera sido muy vergonzoso para los dos. Y no vaya a ser cosa”. Como yo, Sarah había consentido aun sin quererlo para evitar un trauma peor. Y después tuvo que asumir las consecuencias de las acciones de ese hombre, tanto en su vida social como en su mente.

Con poco más de veinte años, Jessica Valenti abrió los ojos y se encontró con el hombre con el que estaba saliendo encima de ella. Enseguida supo que no era apropiado porque ella estaba desmayada de borracha. En *Sex Objects*, libro que reúne sus memorias, escribe: “No sé si le dije 'No hagas eso' o si le dije 'Me gusta así'. O si no le dije nada. Eso me parece lo más probable, dado mi estado”. Cuando se despertó al día siguiente, todavía borracha, le dijo: “No puedes acostarte con alguien que está desmayada”. Pero lo hizo en tono jocoso. “Él me sonrió y me prometió que me había hecho sexo oral primero”.

“Jamás lo pensé como una agresión sexual”, explica. “No estoy segura por qué. Como escritora feminista, he animado a otras mujeres a nombrar las cosas que les pasaron para que nuestras historias puedan exponerse de manera ineludible e indiscutible. Y me doy cuenta, y me di cuenta en ese entonces, que, por definición, penetrar a alguien que se encuentra inconsciente —incluso si ya has tenido sexo con esa persona— constituye una violación. Pero jamás había querido usar ese término”.

Al leer su historia, pensé en Donika, que se había referido a mis experiencias sexuales tempranas como traumáticas, y en mi resistencia a esa palabra. En cambio, Valenti asegura que su violación “no tuvo ningún impacto duradero y eso me hace sentir... rara”. Mientras que mis experiencias *sí* habían tenido un efecto duradero, aunque no las calificaría de agresión, ella había sufrido abuso sexual pero no había padecido el trauma. Ninguna de las dos habíamos querido usar esos términos, en parte, porque los dos están demasiado entrelazados: “abuso sexual” (o violación) y “trauma”.

“Yo confiaba en los límites”, escribe Jeannie Vanasco en su segundo libro autobiográfico, *Things We Didn't Talk About When I was a Girl*. “El problema: en el momento me costaba poner límites por miedo a avergonzar al hombre”. Después de haber sido agredida y padecer los síntomas longitudinales del trauma, a Vanasco todavía le costaba responsabilizar a su perpetrador. Se decidió a escribir su libro, en parte, porque quería “mostrar de lo que son capaces los buenos muchachos”. A los treinta, se puso en contacto con quien era su mejor amigo, el hombre que la había agredido sexualmente cuando ambos tenían diecinueve años. Así empezó una serie de largas conversaciones telefónicas que Vanasco grabó y de las cuales aparecen fragmentos citados palabra por palabra en el libro.

“Me decía a mí misma 'No lo consueles' y terminaba consolándolo”, escribe. En la primera llamada, le dice: “Quiero escribir sobre lo que pasó, pero no quiero lastimarte. Por eso te llamo. Para poder explicarte, para que entiendas mis intenciones”. Vanasco se sorprende ante estas palabras, que son imposibles y falsas. Es como si, en su presencia (la sola presencia de su voz), la poseyeran los mismos mecanismos que en su momento no detuvieron a Mark “para no avergonzarlo”.

Es imposible leer la historia de Vanasco y no pensar en mis negociaciones con los hombres en la fiesta de abrazos, en mi sonrisita, en mi incapacidad para decir que no.

Durante casi todas las conversaciones, Vanasco consuela al hombre que la agredió. Le agradece, se disculpa. Minimiza los efectos del trauma que todavía sufre. Admite que le preocupan más “las impresiones que los lectores se lleven de él (...) que compartir los recuerdos de la agresión”. En un

momento hasta piensa en llamar a algunos terapeutas que atienden cerca de la casa de él y preguntarles si considerarían atender a un agresor sexual. La tensión del libro radica en la frustración que le provoca esta dinámica. Como lectora, para mí fue tan fascinante como frustrante. *¿Por qué no la corta?* pensaba, cada vez más harta. Al final lo logra, pero solo después de diseccionar minuciosamente todas sus interacciones con la ayuda de su investigación, sus amigos y su terapeuta.

Mi sueño recurrente, entonces, es la representación perfecta de esta dinámica: para protegernos, tenemos que protegerlos a ellos, encontrar la forma de no rechazarlos, de confrontarlos con sus acciones. No se trata de evitar ponernos en peligro, sino de mitigar ese peligro. El tema no tiene solo dos puntos de entrada como una trampa china para dedos (que en alemán se llama *Mädchenfänger*, es decir, “atrapa niña”), sino que tiene muchas aristas. Irradia en diversas direcciones, forma una red compleja de instrucciones contrapuestas y de castigos si no se las sigue.

No hay que ser putas, no hay que ser puritanas, no hay que decirles que *no* porque pueden violarnos, porque podemos avergonzarlos rechazándolos o responsabilizándolos por sus acciones o incluso recordándoles cómo nos lastimaron. La motivación más grande detrás del consentimiento vacío tal vez sea que queda mal decir que no. Tengo amigas mujeres que se consideran feministas y que se deshacen en disculpas cuando declinan una invitación informal entre amigas. No debería llamarme la atención, entonces, que cuando de sexo se trata, como dijo Jenny: “Me daba nervios poner límites

porque claramente iban en contra de lo que ellos querían. En algún punto era menos estresante conceder y ya”.

Hay una diferencia entre dar consentimiento vacío a cambio de seguridad física y darlo por alivio emocional. Jenny describe el segundo caso. Es decir: era preferible tolerar una relación sexual no deseada antes que tolerar el disgusto de un hombre. Otra mujer que entrevisté me contó que cuando tenía cuarenta años, la manoseó un viejo que estaba sentado al lado en la ópera. No dijo nada porque “no quería armar un escándalo ni interrumpir la función”.

“Sentía que era lo que me correspondía”, me dijo Kate. “Que no podía desilusionar a los hombres... ¿y que también era algo que le debía a la sociedad?”.

Ese dejo de sorpresa, de duda, en la formulación de Kate nace de una serie de valores con los que ella y yo fuimos criadas: que el sexo y el romance son aspectos clave de nuestra realización personal, no una deuda social. Estos valores son el resultado del capitalismo tardío y de movimientos sociales relativamente recientes. El sexo y el “amor” han sido deudas que teníamos que saldar con la sociedad durante mucho, mucho más tiempo de lo que fueron caminos voluntarios para nuestra propia realización.

En las antiguas bodas romanas, los votos eran entre el esposo y el padre de la novia. A ella se la intercambiaba como propiedad por su valor, como alianza entre dos familias para la reproducción y crianza, jamás por su plenitud. Fue recién unos mil años d. C. que el Papa decretó que debía ser la novia la que pronunciara “sí, quiero”. Aún así, recién a finales del siglo XVIII se les permitió a los jóvenes, en vez de a sus familias, elegir pareja.

A los occidentales blancos les fascina poner el grito en el cielo por aquellas culturas cuyos idiomas no tienen un término para la violación, o cuyas leyes no distinguen entre la violación y el adulterio, obligan a nenas a casarse con hombres adultos. Convenientemente, se olvidan de que durante la formación de los Estados Unidos “casi todas las legislaturas propusieron leyes que protegían legalmente al esposo si violaba a su esposa o a veces incluso hasta a su novia”. Es más: la violación ni siquiera era considerada un delito a manos de un hombre blanco contra una mujer racializada.

En 1993, Carolina del Norte fue el último estado en rescindir la exención de violación conyugal. Es decir: “conceptual y legalmente, la sexualidad y la independencia sexual de la esposa estaban incluidas en los derechos de propiedad conferidos al marido”. Esta norma se desprendió de la ley británica expresada en el tratado de 1736 por Sir Matthew Hale en el que proclamó que un marido no puede ser culpable de violación porque “el matrimonio implica un contrato vinculante de consentimiento incondicional por el que la mujer se entrega al marido sin poder retractarse”.

Teniendo en cuenta esta historia, el concepto del consentimiento entusiasta parece una idea nueva y radical. Todas las mujeres que entrevisté —y me incluyo— sentían la carga pesada de esta historia legal que a duras penas ha quedado atrás. “Nadie me enseñó sobre el consentimiento”, dijo Ella. “Jamás se tocó el tema de los límites cuando nos hablaban de sexo en la escuela. Yo pensaba que, si dejaba que un chico me quitara los pantalones, eso significaba que había dado mi consentimiento para todo lo que quisiera hacerme”.

Con razón me había topado con tantas descripciones de disociación o de “congelamiento”, mi método personal para lidiar con cualquier tipo de contacto físico no deseado pero que me sentía en obligación de tolerar.

“Puede que diga que sí cuando estoy congelada, pero no es un sí verdadero”, aclaró Diana. “No es consentimiento real si no me siento sensual. Pero es más fácil que decir que no”. O como me explicó Holly: “Es casi como si me olvidara de que existo, de que no hace falta que haga nada que no quiera hacer. Pero no es así. Ojalá algún día me acuerde antes de olvidarme”. Si un grupo de neurólogos y psicólogos hiciera un estudio sobre las mujeres que han dado consentimiento vacío, ¿cuántos síntomas que comúnmente asociamos con el trauma identificarían?

Al leer estos testimonios, empaticé con Kate. Me dijo que si en algún momento se encuentra en una situación similar a la que vivió en la escuela espera “poder reaccionar y gritarle al tipo ‘¡Basta, hijo de puta!’ y golpearlo con un libro en la mano o algo así. No quiero volver a quedarme congelada nunca más”. Me gustaría poder decirle que así será, pero después de mi experiencia en la fiesta de abrazos, no estoy tan segura.

En su libro de 2016, *Girls and Sex*, Peggy Orenstein entrevistó a más de setenta chicas de entre quince y veinte años. La demografía era similar a la de mis entrevistadas: la mayoría estudiantes y racialmente diversas, aunque en general se identificaban como blancas. Orenstein “quería hablar específicamente con quienes sentían tener todas las puertas

abiertas, aquellas que más se habían beneficiado del progreso económico y político de las mujeres”. Es decir, sus sujetos eran una versión de la generación de mujeres que yo entrevisté, a la edad a la que la mayoría de ellas se refería.

Una estudiante de primer año en una pequeña universidad de la costa oeste le dijo a Orenstein: “Al final de la noche una a veces le hace sexo oral al chico porque no quiere acostarse con él, pero él igual espera quedar satisfecho. Así que si una quiere que se vaya sin que pase nada...” Todo en esta historia se me hace familiar: la expectativa de satisfacción de él, la responsabilidad de ella, la implicación de que el sexo oral no es sexo, la posibilidad de una agresión sexual incluida en que no “pase nada”.

En un estudio de 2007 sobre sexo oral entre adolescentes de catorce a dieciséis años, los investigadores descubrieron que la gran mayoría de los varones tenía sexo por placer y que la probabilidad de que luego reportaran sentirse satisfechos era del doble que las mujeres. En cambio, las chicas eran tres veces más proclives a decir que se sintieron usadas.

Deborah Tolman, de Hunter College, una de las principales investigadoras sobre la sexualidad en niñas, contó hace poco que las chicas empezaron a contestar “preguntas sobre sus sensaciones físicas, sobre la sexualidad o excitación, describiendo cómo piensan que se ven”.

Sarah McClelland, que acuñó el término “justicia íntima”, descubrió que entre los estudiantes universitarios que participaron de su estudio “las mujeres tendían a usar el placer físico de *su pareja* para medir su *propia* satisfacción... Para los hombres era al revés: la vara era su propio orgasmo”.

Teniendo en cuenta estas estadísticas, parece bastante que las mujeres de todas las edades alcancen el orgasmo el veintinueve por ciento de las veces que tienen sexo con hombres, mientras que los hombres acaban tres cuartos de las veces. Así, parece poco probable, como concluyó un estudio longitudinal de 2002 sobre sexualidad adolescente, que las chicas fueran solo cuatro veces más propensas a involucrarse “reiteradamente en actividades sexuales que no les gustaban”.

Estas jóvenes sin duda se beneficiaron mucho del progreso económico y político de las mujeres. Esto es evidente en su éxito educativo y profesional, en su acceso a recursos y cuidados. Su relación con el sexo, sin embargo, sigue siendo igual de problemática. A pesar de toda la liberación sexual que afirman encarnar, parecieran estar todavía muy lejos de la verdad de su cuerpo y sus deseos, y de una sexualidad que exista de manera independiente de las percepciones y deseos de los hombres.

Mientras leía sobre esas chicas que medían su propia satisfacción a partir de la de su pareja, me acordé de los dos años que pasé con una novia particularmente controladora. Tras unos pocos meses de empezar a salir, cuando mis amigxs, familia o terapeuta me preguntaban cómo estaba, yo siempre respondía hablándoles de cómo percibía la disposición de ella hacia mí ese día, de la posibilidad de haberla hecho enojar sin darme cuenta. Es el denominador común entre las parejas abusivas, las corporaciones, los líderes de cultos, los gobiernos despóticos y tantos otros que también se benefician, y quieren continuar beneficiándose, de las estructuras de poder desiguales. La técnica es hacer que el otro se identifique con

las necesidades de quien está en una posición de poder en vez de con las propias.

Vemos de nuevo aquí un problema de dicción: la idea de que existen límites definitivos entre las experiencias y las condiciones, entre las imposiciones propias y las culturales. Cuando las dinámicas del abuso subyacen todas las convenciones heterosexuales, hasta las interacciones consensuadas tienen efectos relacionados con el trauma. Una chica puede padecer o reforzar consecuencias sintomáticas nocivas como resultado de una experiencia sexual sin que su pareja necesariamente la victimice, sin que la experiencia califique como traumática. Sospecho que para enmendar esas dinámicas abusivas debemos llegar a un reconocimiento común de esas consecuencias y encontrar el vocabulario para hablar de ellas. Sin eso, términos como *abuso* y *trauma* se gastan y desdibujan, mientras que otras formas profundas de efecto psicológico son completamente pasadas por alto.

Una noche, de adolescente, consentí medio a desgano revolcarme con un chico más grande que se llamaba Matt. Mientras nos besábamos, me pidió que le acariciara el pelo. Cuando lo hice, se puso a llorar. Entre susurros, me dijo que era como si yo fuese su madre, su hermana y su amante al mismo tiempo. Yo le di ánimos, aunque por dentro estaba en pánico, desesperada por salirme de esa situación. Esa intimidad bizarra que me había impuesto fue todavía más intrusiva que cualquier otro acto sexual consentido a medias. Un intercambio unidireccional de intimidad puede ser algo devastador, solitario. Jamás se espera que el hombre obtenga consentimiento de la mujer antes de usarla emocionalmente.

En la novela de 2017 de Catherine Lacey, *Las respuestas*, un actor famoso concibe un proyecto llamado “Experimento Novia” que “le asigna los roles cumplidos por una compañera de vida a un equipo de miembros especializados que llevan a cabo experimentos relacionales”. El actor tiene un Equipo de Intimidad, una Novia Colérica, una Novia Maternal, una Novia Mundana y una Novia Emocional, cada una con sus deberes específicos. El supuesto objetivo del experimento es “idear un sistema comprobado científicamente para crear vínculos afectivos de pareja más perfectos y satisfactorios”.

Tras un riguroso proceso de entrevistas con ejercicios que incluían repetir a cámara frases como “¿Qué tal estuvo tu día?” y “Te amo”, Mary es contratada como la Novia Emocional del actor. La mayor parte del libro se centra en ella. Mary padece una enfermedad debilitante que espera poder aliviar tras unas sesiones de sanación. Pero sin el generoso salario del experimento, no podría costearlas.

Como la Novia Emocional, sus obligaciones incluyen “escuchar hablar [al actor] atentamente, hacer preguntas, mantener el contacto visual, afirmar sus opiniones y ofrecer una serie limitada de consejos que podrán o no ser seguidos”. Cada aspecto de su comportamiento está dictado por el manual: desde qué tan a menudo se espera que le envíe un mensaje de texto hasta, por último, cuánto tiempo debe abrazarlo antes de quedarse dormido cada uno en la posición correspondiente.

El sanador de Mary le pregunta reiteradas veces si está saliendo con alguien. Está preocupado por lo que llama los “cables psíquicos”.

“Son fijaciones”, le cuenta. “Es la energía psíquica que una persona le dirige a otra, a menudo de una forma no consentida”. Le explica que esos cables pueden inhibir la efectividad del tratamiento. Mary niega estar saliendo con alguien, cosa que técnicamente es cierta, pero omite su rol en el experimento. Al final, el sanador se rehúsa a continuar tratándola.

Se trata en algún punto de una novela distópica. Sin embargo, mientras la leía se me cruzó por la cabeza algo un tanto cínico. El trabajo emocional que muchas mujeres hacen en relaciones heterosexuales al menos se reconoce como tal en el experimento. El trabajo de atender al actor no solo estaba remunerado, sino que además estaba dividido en categorías. Es una práctica mucho más justa y viable que pretender que una sola mujer lo haga todo gratis. En encuentros sexuales casuales, se espera que las mujeres pongan los intereses físicos y emocionales de los hombres por sobre los suyos, que asuman la responsabilidad de su satisfacción. Pero en las relaciones de pareja, a menudo se espera que lo hagan todo el tiempo.

La expectativa en las parejas románticas contemporáneas de mi demografía es que el trabajo sea mutuo y compartido, al igual que los frutos de ese trabajo. En mi vida adulta tuve varias relaciones serias con hombres y mujeres. En las relaciones con hombres, el reparto de tareas no fue nunca mutuo. Ni por asomo. De hecho, en esas relaciones sentía cómo crecía gradual pero inexorablemente el número de tareas domésticas y emocionales: la ropa, la cocina, la limpieza, la iniciación de las conversaciones difíciles. En una instancia, incluso, la suma total de esas tareas quedó por completo bajo mi responsabilidad.

Como soy una mujer queer, me imagino que pasé menos tiempo con hombres que la mayoría de las mujeres heterosexuales de mi edad. Y menos tiempo todavía atendíendolos. Aun así, con las horas que pasé escuchándolos atentamente, haciendo preguntas, manteniendo el contacto visual, afirmando sus opiniones y ofreciendo “una serie limitada de consejos que podrán o no ser seguidos”, podría haber escrito muchos libros. Si me hubieran pagado por ese trabajo, no me preocuparía para nada mi jubilación.

Más allá de la premisa perversa, el Experimento Novia se basa en una lógica sólida: una sola mujer no puede hacer simultáneamente todos esos trabajos con éxito. Sería demasiado agotador.

No me sorprendió para nada la cantidad de mujeres que entrevisté que regularmente daban consentimiento vacío a su pareja. Es algo sabido sobre las relaciones románticas estables. No es solo un vestigio de cuando de debía sexo a los maridos por una cuestión legal, sino que se trata de un cuidado genuino hacia nuestra pareja y sus necesidades, así como también un camino a la intimidad emocional.

Una psicoterapeuta que entrevisté me contó que el cansancio que le provoca estar disponible todo el día para sus pacientes afectó su interés en la vida íntima de pareja. “La verdad es que casi nunca estoy de humor durante la semana”, me dijo. “Amo a mi pareja, me atrae mucho y me encanta tener sexo con él... pero me siento tan desgastada emocionalmente. Trabajo mucho para conectarme con los pacientes y poner

mis límites. Pero me cansa y necesito mi espacio y mi tiempo”. Con frecuencia accede a tener sexo a pesar de sentirse así, aunque gracias a eso a veces se siente “más conectada”. Me explicó que, a pesar de que su consentimiento es vacío, después del sexo, “regreso a mi cuerpo y vuelvo a ser yo misma. Me siento amada y cuidada. Más viva. La ironía es que me activa la mente también y eso me sirve para el trabajo”.

Pienso en Mary. Su trabajo como Novia Emocional la vuelve físicamente incapaz de curar su cuerpo, que tanto lo necesita. ¿Culpa del cansancio emocional? ¿O de la disociación de hacer ese trabajo por alguien a quien no ama, como cuando yo le masajeara las piernas a mi cliente? Seguramente, las dos cosas. En todo caso, la moraleja del libro es clara: no podemos ignorar la verdad de nuestro cuerpo y aun así curar sus heridas. Atender el cuerpo sin priorizarnos, sin *escucharnos*, es como desinfectar una herida con una mano y embadurnarla de barro con la otra.

Cuando leí sobre los experimentos de Harry Harlow, pensé en la analogía obvia entre los monos a los que torturaba y los humanos privados de contacto físico de la fiesta de abrazos. Me pregunto ahora si la comparación más apta no sería entre Harlow mismo y las personas que priorizan sus propios deseos (tal vez incluso su propia curiosidad) por sobre la soberanía y el bienestar de otros cuerpos. El denominador común pareciera ser la deshumanización de los subyugados. Es poco probable que Harlow hubiera replicado estos experimentos en niños. Sin embargo, hay niños y niñas migrantes que en la actualidad están encarcelados y aislados. Muchos

jamás volverán a reunirse con sus padres gracias al gobierno de los Estados Unidos. El aislamiento y la privación del tacto, claro está, han sido siempre herramientas de colonización y abuso de todo tipo. Es mucho más fácil dominar un cuerpo que aprendió desde la infancia que no tiene ningún poder.

A fines del siglo XVIII, el filósofo y teórico social Jeremy Bentham diseñó el “panóptico”, un modelo carcelario que constaba de una torre vidriada en el centro de una estructura circular conformada por celdas. El guardián en la torre no puede estar vigilando a los prisioneros todo el tiempo, pero logra condicionarlos ante la posibilidad permanente de estar siendo vigilados. Los prisioneros internalizan la mirada del guardián y aprenden a disciplinar su propio cuerpo. En el tan leído *Vigilar y castigar*, Michel Foucault sostiene que los sistemas políticos modernos, si bien aumentaron ciertas libertades, también desarrollaron un nuevo sistema disciplinario que el Estado impone en el cuerpo de sus constituyentes. El panóptico, propone, influyó mucho más que el diseño de las prisiones modernas. Foucault observa prácticas análogas en las escuelas, el ejército, los hospitales, las fábricas y cualquier otra institución que sirva al Estado.

Foucault explica: “Basta entonces situar a un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar”. El cuerpo que no acata sufre sanciones inmediatas, y así el supervisor empieza a residir en la mente y el cuerpo de los supervisados. “Se forma entonces una política de las coerciones que constituyen un

trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos (...) que define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina... La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos ‘dóciles’”.

Los cuerpos disciplinados de Foucault, al igual que el bebé de Lacan en “El estadio del espejo”, son de género masculino y por ende se asumen como universales. Pero si un cuerpo dócil se construye ante un supervisor imaginario, vale pensar entonces, como dice Judith Butler, “que la realidad de género está creada a partir de prácticas sociales sostenidas”. La forma en la que nos sentimos obligadas a desempeñarnos ante el Estado no es universal. ¿Qué otros cuerpos acaso son más dóciles, más instintivamente controlados, que el de las mujeres? Ni siquiera el de los niños, me animo a decir.

En su ensayo de 1988 titulado “Foucault, la feminidad y la modernización del poder patriarcal”, Sandra Lee Bartky escribe: “En la sociedad patriarcal contemporánea, dentro de la conciencia de la mayoría de las mujeres, reside un *connaisseur* varón que equivale a un panóptico: ellas permanecen bajo su mirada y su juicio. La mujer vive su cuerpo como si este fuera visto por otro, por un Otro patriarcal anónimo”. Se trata de otra descripción más de lo que la teórica de cine Laura Mulvey llama “la mirada masculina” y de la doble consciencia femenina a la que se refiere John Berger en *Modos de ver*: “el *supervisor* y la *supervisada*”. Es una parte integral del mecanismo que desdobló mi propia imagen a los once años, a los catorce, a los veintitrés.

El Otro patriarcal controla nuestro cuerpo desde el nacimiento con la misma “microfísica del poder” que Foucault describe en *Vigilar y castigar*. La idea es que el cuerpo femenino, al igual que el del prisionero, se define por la violación de la regla. En vez de criminal, el cuerpo de la mujer es inherentemente defectuoso, *estéticamente* defectuoso. Esta es una sentencia devastadora para un cuerpo cuyo valor se juzga casi por completo por lo estético. Somos demasiado bajas, demasiado altas, demasiado gordas, demasiado flacas, demasiado morenas, demasiado severas, demasiado fáciles, demasiado diligentes, demasiado complacientes, demasiado seguras, demasiado débiles, demasiado fuertes. Debemos disfrazarnos con corsés, modificarnos la cara con maquillaje. Debemos deshacernos de todo el vello corporal. El envejecimiento —esas mismas arrugas y canas que a un hombre vuelven cada vez más poderoso— es algo que debemos “revertir” y contra lo que debemos “luchar” untándonos cremas en la cara con movimientos circulares y pagando sumas exorbitantes de dinero por cirugías plásticas. Debemos mostrar nuestro “mejor perfil”, hacer trompita con los labios, levantar las cejas, sonreír con la mirada, sacar pómulos y alzar el mentón. De pie frente al espejo del baño de mujeres en la universidad en la que enseñé, una más en la fila de reflejos, pienso: si tan solo Foucault pudiera ver la influencia extraordinaria de las redes sociales, ese panóptico tecnológico. Ahora no estamos nunca sin posar, jamás dejamos de mostrar las pruebas de nuestro disciplinado cuerpo.

Yo ya sé todo esto. Lo sé desde chica. Lo sabía cuando empecé a depilarme las piernas a los once, el mismo año que empecé a llevar maquillaje a escondidas en la mochila para

ponérmelo en el baño del colegio. Me pasé la vida entera tratando de reconciliarme con esto. Con mucho esfuerzo, tuve algunos éxitos: mi cuerpo, el sexo, mi intimidad. Lo que no logré examinar en detenimiento es el papel de esta disciplina en mis interacciones con los hombres.

Lo que nos enseñan como una práctica de belleza, de femineidad, es también una práctica de sumisión. Una amiga trans me explicó hace poco que la técnica para entrenar la voz para que suene más femenina tiene mucho que ver con “hablar menos, hacer más preguntas y concesiones”. No podemos exhibir ningún pliegue en la cara que indique emoción porque no debemos expresar ninguna emoción. Recordatorio: se han mandado mujeres a la hoguera por menos. Debemos poner cara de perrito mojado todo el tiempo, hacernos más y más chicas, como nenas, ofrecer una sarta constante de disculpas. No es casualidad que el ideal máximo de belleza femenina coincida casi por completo con la indefensión física.

“El lenguaje corporal típico de las mujeres”, explica Bartky, “es un lenguaje de subordinación cuando es empleado por los hombres en jerarquías masculinas”. De hecho, los hombres con gestos y lenguaje corporal interpretados como “femeninos” saben mejor que nadie que eso inspira disciplina y dominación por parte de otros hombres.

Si bien las fuerzas estatales disciplinantes en una prisión, una escuela o en el ejército son evidentes (al menos conceptualmente) y son ejecutadas por guardianes, generales o maestros, los agentes panópticos que coaccionan el cuerpo de la mujer suelen ser en gran medida anónimos. “La ausencia de una estructura formal institucional y de autoridades

investidas con el poder de llevar a cabo directrices institucionales crea la impresión de que la producción de la feminidad es o bien enteramente voluntaria o natural”, escribe Bartky. Estamos *expresándonos* con el maquillaje. Nos depilamos las piernas porque nos hace *sentir* femeninas. Nos vestimos *para nosotras* y *para otras mujeres*. No es que esto no sea cierto, ni que no existan muchas otras razones posibles, sino que estas se dan a la par de directivas internalizadas. La llamada proviene de adentro de casa. La coerción patriarcal es un fantasma. Un espectro que me poseyó de chica y que todavía me posee, que logra sacarme un sí de la boca cuando mi cuerpo dice no.

En 2014, California fue el primer estado en aprobar estándares de consentimiento afirmativo para casos de agresión sexual en las universidades. Le siguieron Illinois, Nueva York y Connecticut, y hay más de otros veinte estados considerando proyectos legislativos similares. Los lineamientos del consentimiento afirmativo se parecen muchísimo al código de conducta de la fiesta de abrazos: el consentimiento debe ser sostenido, aplicarse a cada acto progresivo, puede ser rescindido en cualquier momento, no puede darse si una persona está incapacitada, bajo coerción, intimidación ni a la fuerza. La universidad donde enseñé emplea exactamente esta política —“sí significa sí”— en casos de conducta sexual inapropiada.

El consenso entre quienes se oponen a la política del consentimiento afirmativo en torno a la agresión sexual es que “así no es como se da el sexo”. La primera vez que leí al respecto, tuve una reacción parecida. Como a todas,

el capitalismo y el patriarcado me enseñaron sobre el sexo, pero jamás se repasaron las condiciones del consentimiento afirmativo. Efectivamente, así *no* es como se da el sexo, en especial entre la juventud. La propuesta representa una partida radical de cómo se tiene sexo. La idea es que el sexo se da espontáneamente a partir del deseo. Y así es: a partir del deseo espontáneo de los hombres.

Las reglas que regían la agresión sexual antes del consentimiento afirmativo —la política del “no es no”— se asemejan mucho a las que alguna vez rigieron el consentimiento de una mujer o niña para casarse. Según el *Digesto* romano, “se asume que una hija que no se resiste abiertamente a los deseos del padre ha dado su consentimiento”. En ese entonces, una mujer tendría que haber desafiado abiertamente los deseos de su familia, de su potencial esposo, de toda la sociedad. Según las mujeres que entrevisté, con el consentimiento sexual pasa lo mismo.

Cuanto más lo pienso, más me sorprende que alguien en serio espere que una chica pueda decir que no con facilidad, menos que menos a los deseos sexuales de los hombres. Si a mí me cuesta rechazar invitaciones a almorzar, pedidos de trabajo y todo tipo de actividades sin importancia aun teniendo motivos personales de peso, ¿cómo se puede pretender que una adolescente detenga a un hombre que está metiéndole la mano por debajo de la ropa? Algunas lo logran, es cierto, por milagro.

Qué incómodo, lloriquean los detractores del consentimiento afirmativo. Como si tener sexo no deseado no fuera incómodo. Como si interrumpir a un hombre cuyo deseo espontáneo lo llevó a quitarte la ropa y penetrarte no fuera

incómodo para las mujeres que se pasan la vida entera dedicadas a no molestar ni decepcionar a la gente. Lo único que hace que el consentimiento afirmativo sea incluso más incómodo es que la responsabilidad ya no recae por completo en lxs más vulnerables.

Hay una diferencia enorme entre el contacto físico desagradable y el forzado. Aun así, los mecanismos mentales que se activan para ayudarnos a tolerar actos con consentimiento vacío son los mismos que entran en funcionamiento durante una agresión.

Hace poco leí un ensayo de una mujer que había tenido un affaire con un hombre más grande. Había empezado cuando ella tenía unos veinte años y él más de cuarenta. Daba la sensación de que había habido una disparidad de poder importante, aunque el hombre no había sido ni su jefe ni su profesor. La relación la había hecho sentirse usada (y probablemente así haya sido), pero para mí no entraba dentro de la declaración de abuso que proponía el ensayo.

El patriarcado nos entrenó a muchas a seguir a quienes tienen más poder que nosotras. No creo que un diferencial de poder equivalga a abuso, aunque muchos casos de abuso tengan que ver con un diferencial de poder. El comportamiento del hombre puede ser muy cuestionable, pero no abusivo. No hubo coerción, más allá tal vez de la cultura panóptica patriarcal que la había condicionado a ella. No siempre es claro dónde debemos poner los límites entre la naturaleza abusiva de una sociedad patriarcal y los actos abusivos por parte de

individuos. Como dijo Ada: “El patriarcado nos coloniza el cerebro como un virus”. Sí creo que desenredar los conceptos de abuso y trauma, pensarlos como categorías distintas, así como encontrarles términos a otros eventos entre medio, son pasos importantes para empezar a aclarar el panorama. Ese trabajo me permite reconocer la naturaleza de mis experiencias sexuales tempranas y podría permitirles a las mujeres con experiencias como las de Jessica Valenti nombrar más fácilmente sus agresiones. Es un paso necesario para deshacer las dinámicas tóxicas detrás de nuestras interacciones físicas más íntimas.

Me gustaría cambiar la cultura. Quién te atrae no me parece motivo de condena, a menos que esa atracción ponga en peligro al objeto de ese deseo, o que este no tenga el poder de rechazarla. También pienso que el consentimiento vacío es dañino, el legado de siglos de abuso y opresión. Creo que la persona a la que se lo damos es a veces en parte responsable. Quisiera que todos estemos de acuerdo en que el único sexo que vale la pena tener es el consensuado, genuino y entusiasta. Quisiera que todas podamos sentirnos atraídas a gente con quien podamos tener sexo que se sienta seguro, sexy y no explotador (a menos que te excite eso).

No tengo una propuesta definitiva sobre qué debería constituir un abuso y qué no. Hay expertos trabajando en esto. Lo que sí tengo es una certeza cada vez mayor sobre las formas en las que colaboré con el maltrato de mi propio cuerpo. Lo que tengo es la voluntad y la libertad y los recursos para dejar de dañarme con las formas sutiles bajo las que fui condicionada. Si aprendí algo de mi investigación sobre el consentimiento

vacío es que debo prender las luces y darle la bienvenida a cada parte de mí a la habitación. Si quiero que mi sí signifique sí, no puede haber ninguna puerta cerrada con llave en el hogar que soy.

En el auto con Donika rumbo a nuestra segunda fiesta de abrazos, se iba acumulando en mí un temor tenue, como la nieve que va cayendo de a poco. Habían pasado dieciocho meses desde nuestro primer viaje al Loft Holístico.

“Podemos irnos cuando queramos”, me recordó. Yo sabía que precisamente era ese temor la razón por la cual debía seguir adelante; para enseñarle a esa parte temerosa de mí que no hacía falta que hiciera nada que no quisiera.

Otra vez, subimos la escalera angosta y dejamos nuestros zapatos apilados afuera del loft. Una vez dentro, enfilamos hacia el único lugar vacío que quedaba y nos sentamos en el piso. Mientras nos acomodábamos, tuve que resistir la necesidad de aferrarme a Donika, una sensación inusual para mí. Aunque en líneas generales el salón era un poco más diverso ese día, justo el rincón donde nos sentamos estaba lleno de hombres. Al lado mío había un muchacho que irradiaba ansiedad, como olas de calor en el aire.

“Hola”, me dijo. “Me llamo Jack”. Tenía un sarpullido en el cuello y la cara sudada. Amagué a darle la mano, pero me di cuenta de que no quería hacerlo, así que en cambio lo saludé de lejos. “Es mi primera vez en una de estas fiestas”, me contó. “Iba a encontrarme con un amigo, pero no vino”.

Le sonreí, pero con distancia.

“Tengo dos calcetines distintos, lo siento”, siguió.

“No creo que a nadie le moleste”, le dije mirando hacia abajo. “No hay de qué disculparse”.

“Es cierto”, dijo con una risita. “Probablemente esté nervioso porque acá son todos lindos”.

Contuve mi repentina necesidad de salir corriendo en dirección opuesta a él justo cuando Donika se me acercó y me dijo al oído: “¿Estás haciendo algún trabajo emocional innecesario?”.

Le hice una mueca. Si tan solo tuviera a alguien susurrándome eso a cada hora del día... Luego Adam anunció que la fiesta estaba por comenzar. Una muchacha se vino a sentar a nuestro rincón, en el único espacio que quedaba vacío. Se presentó como Emma y a mí enseguida me cayó bien su cara redonda y amable.

“Esto es tan raro”, dijo Jack. “No estoy acostumbrado a estar con tanta gente. Casi siempre estoy solo en casa jugando a los videojuegos”.

Emma y yo asentimos con la cabeza. ¿Fue acaso trabajo emocional eso? Me pregunté dónde estaba la línea entre la simpatía y el trabajo. Sabía que no eran mutuamente excluyentes, pero también que había una diferencia entre tenerle afecto a alguien y la representación de ese afecto. ¿Cómo podía saber exactamente cuándo una expresión genuina se convertía en trabajo emocional?

¿De verdad sentía simpatía por Jack? Tal vez no. La palabra simpatía (del latín *sympathīa*, es decir, “sentimiento”) implica una inclinación afectiva basada en la similitud entre el simpatizante y su objeto. Estaba bastante segura de que esa conexión no existía entre nosotros. ¿Era que Jack me daba

pena, entonces? La palabra se alejaba de la definición de “simpatía”, pero el diccionario indica cierto tormento ante la inferioridad del objeto e incluso cierto dolor hacia él que, para mi sorpresa, yo no podía encontrar en mí. Tal vez me parecía penoso y ya. El sentimiento arrollador que sentía hacia Jack era la repulsión. Lo encontraba triste y lastimoso, pero de manera abstracta. No sentía ninguna ternura hacia él y de hecho me sentí ligeramente amenazada por la profundidad de su pena. También entendí, incluso en ese momento, que la amenaza que sentía de su parte era una proyección. Me temía a mí misma, desconfiaba de mi capacidad para decir que no. Por eso había vuelto.

Pormenorizar así mi reacción con Jack me hizo sentir poco generosa, pero ¿por qué me tocaba hacerme cargo de este hombre? Él no tenía ninguna conexión conmigo y, además, estaba sentado en un salón lleno de gente mucho más interesada en abrazarlo que yo. Ahí estaba el tema: que las mujeres y los hombres priorizan la comodidad y el bienestar de los hombres por sobre la seguridad, la comodidad e incluso la verdad del cuerpo de las mujeres. Es un hábito del que llevo la vida entera tratando de librarme.

En ronda, Adam nos recordó las ya conocidas reglas de la fiesta. Cuando llegó a la regla 6 —“Estás en todo tu derecho de cambiar de opinión”—, aclaró que estaba bien probar algo nuevo y luego decidir en cualquier momento que no te gustaba.

“Pueden decir 'Listo' o 'Esto no me gusta’”, nos dijo. Mientras hablaba, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Qué idea más simple y hermosa. Pensé en mí misma de chica o de más joven. En todos esos muchachos y hombres

y hasta mujeres que jamás había querido que me tocaran. Pensé en todas mis entrevistadas y sus historias, que ahora llevo conmigo. ¿Y si nos hubieran enseñado que podíamos cambiar de opinión cuando quisiéramos? ¿Y si hubiéramos aprendido que decir que no es una forma necesaria de cuidarnos? Me imaginé viviendo en una sociedad que reconociera este hecho al igual que lo hacía la fiesta de abrazos.

A medida que Adam se acercaba al final del reglamento, me acordé de los ejercicios que venían después y me preocupó la posibilidad de terminar en pareja con Jack. Empecé a mirar a mi alrededor en busca de una razón para cambiarme de lugar.

Conscientemente le había extendido a mi cuerpo una invitación y le había dado el espacio para sentir qué quería de verdad y qué no quería. Resultó que mi cuerpo tenía sentimientos muy fuertes. Pensé en todas esas otras ocasiones en las que había pasado años suprimiendo la verdad de mi cuerpo, y en la fuerza con la que esos sentimientos habían vuelto una vez que estuve dispuesta a recibirlos. El año de llanto después de recobrar la sobriedad, y el siguiente, después de que dejé de fumar. La ira furiosa después de terminar esa relación controladora. ¿Por qué habría de sorprenderme? Había estado silenciando mi cuerpo, ínfima y exhaustivamente, durante más tiempo que cualquier otra cosa que haya hecho en la vida. Para poder comprometerme con ese silencio, había considerado mi cuerpo como un instrumento, un objeto conectado a mi mente, pero no integrado con ella. Mi cuerpo, empezaba a darme cuenta, no era la caja que me contenía, sino que era *yo misma*.

Esta conciencia fue desarrollándose de a poco. Había empezado hacía años, de chica, en esos momentos en los que la niebla de mi autodesprecio aprendido se disipaba y me llenaba de amor hacia mi cuerpo y de remordimiento por mi crueldad hacia él. Me hizo volver a los monos de Harlow. Pensé en que tratamos a los animales como objetos, como si su cuerpo fuera un recipiente vacío, su instinto de supervivencia traqueteando como una canica en el fondo. Cuanto más queremos explotar un cuerpo, menos humanidad le permitimos. Y eso había hecho yo: concebir mi cuerpo como un objeto que podía cederle a otros sin dañarlo.

No era suficiente “amar” mi cuerpo en la privacidad de mi vida o de mi relación de pareja. Al igual que cualquier tipo de amor, mi amor propio tenía que manifestarse como una práctica activa de afecto. Aprendí esto en mis relaciones —que “el amor es lo que el amor hace”—, pero no lo había internalizado. No se ama un cuerpo si se lo abandona apenas entra en conflicto con los deseos de extraños.

Para los ejercicios, terminé en pareja con un hombre llamado Bart. En vez de pijama, tenía puesto unos jeans negros gastados. A pesar de las reiteradas veces que nos dijeron que no usáramos el celular en el espacio de la fiesta, él había estado mirando su pantalla mientras Adam hablaba. Cuando nos presentamos, él tartamudeó nervioso.

“¿Puedo darte un beso?”, me preguntó Bart, como Adam nos había indicado que hiciéramos con el objetivo explícito de practicar decir que no.

“No”, dije, sintiendo que ablandaba la palabra en la boca, como si se tratara de una galletita que no quería que hiciera ruido al morderla.

“¿Puedo darte un beso?”, preguntó de nuevo, para mi sorpresa.

“Eh, no”, respondí ya no tan delicadamente.

“¿Porfa?” dijo. Si no me hubiera horrorizado, tal vez me hubiera reído. Su insistencia iba tan en contra del objetivo del ejercicio que era como si me estuviera dando a propósito la oportunidad de ejercitar mis nuevos músculos para decir “no”.

Por fin, Bart dijo la frase del guion: “Gracias por cuidarte”.

El ejercicio final requería que todos nos pusiéramos de pie y abrazáramos a la mayor cantidad posible de personas. Cuando me paré, sentí como si los hombres a mi alrededor fueran troncos de árboles y yo estuviera en medio de un bosque.

“¿Puedo abrazarte?”, me preguntó Jack.

“No, gracias”, le dije. Me estremecí por dentro de la misma forma que cuando saco desechos del desagüe de la cocina o cuando mato un bicho con la mano. No por Jack, sino por el acto mismo de rechazarlo. Me hice una nota mental para quitar el “gracias” de mi respuesta la próxima vez.

“Gracias por cuidarte”, me respondió él y fue casi como una pregunta. Los dos nos dimos vuelta.

“¿Puedo abrazarte?”, me preguntó un segundo hombre, un tercero y un cuarto.

“No”, les dije a todos, tensándome por dentro en cada ocasión. Cuando me preguntó un hombre bajito con pijama a cuadros que pensé que era gay, lo consulté conmigo misma y me di cuenta de que no me molestaba abrazarlo. Antes de poder decir que sí, me volví muy consciente de que estábamos rodeados de

hombres a los que había rechazado. Sin duda se darían cuenta si le decía que sí a él después de haberles dicho que no a ellos. Le sonreí y, genuinamente, le dije: “Ahora no, gracias”.

Me devolvió la sonrisa. Aun con intenciones claras y voluntad, no era tan fácil que me dejaran de importar los hombres. Evidentemente, hasta podía poner límites innecesarios si pensaba que así evitaría lastimar los sentimientos de los hombres a mi alrededor. Pensé en la experiencia de Jeannie Vanasco durante esas conversaciones telefónicas con su antiguo amigo y violador: “En el momento me costaba poner límites por miedo a avergonzar al hombre”.

Vanasco eligió esa experiencia. A consciencia decidió priorizar su propia necesidad de claridad. La premisa de su libro se basa en centrar sus propios intereses. Aun así, se le hizo imposible no disculparse ni priorizar la comodidad de ese hombre por sobre la suya. “Me decía a mí misma 'No lo consueles' y terminaba consolándolo”, escribe.

Cuando les dije que no a los hombres más persistentes de la fiesta, noté la rápida pero transparente digestión de esa palabra en su interior —las chispas de sorpresa, dolor, desilusión, enojo que provocaba— y esa especie de rendición cuando al fin decían la frase: “Gracias por cuidarte”. Entendí que estaba observando, y representando, una resocialización más allá de la mía. Después le dije a Donika que la fiesta de abrazos funcionaba para prevenir que los hombres se convirtieran en “incels”.

Me acuerdo de la primera vez que leí sobre ellos. Del inglés, *involuntary celibate*, o “célibe involuntario”, los incels son hombres radicalizados por la combinación explosiva de su propio privilegio, frustración sexual y misoginia, que creen

que las mujeres les debemos sexo. Sus quejas y manifiestos son fáciles de encontrar, pero repugnantes de leer. Una búsqueda rápida en internet basta para saber que Elliot Rodgers —que mató a seis personas e hirió a muchas más en su matanza de 2014 en Isla Vista— no está solo en su furia violenta y odio hacia las mujeres por negarle sexo. Es una idea aberrante, pero no extraña. Las mujeres de todo el mundo le debieron sexo al hombre durante siglos. La creencia en la soberanía del cuerpo femenino está lejos de ser universal y sigue siendo tan nueva donde se la adoptó que nuestra propia mente todavía tiene que ponerse al día. Nuestra cultura y nuestra cabeza están llenas de contradicciones.

¿Y si se instara a los chicos a vincularse como en la fiesta de abrazos?, me pregunté. ¿Y si Alex, mi vecino de la infancia, hubiera aprendido a redirigir su deseo lejos del miedo, el odio y la agresión? *Gracias por cuidarte*. Desde cierta perspectiva, sería muy fácil cambiarlo todo... Si tan solo no nos hubieran echado a perder durante tanto tiempo. Si tan solo así lo quisiéramos...

“¿Hay alguien con quien quieras abrazarte?”, me preguntó Donika. Me encogí de hombros. Su segunda experiencia en la fiesta parecía bastante distinta de la primera, y luego me lo confirmó. “Cuando vinimos la primera vez”, me dijo, “estaba muy necesitada de contacto físico. Vivía en un lugar donde nadie me abrazaba, estaba deprimida y aislada. Tenía hambre de piel”. Ese era el propósito de la fiesta. Si bien venir para practicar cómo identificar y enunciar mis límites no era

inapropiado, no era exactamente el objetivo tampoco. El aire de desesperación de algunos de los participantes que tanto me había espantado era la prueba de que estaba justamente en el lugar indicado.

Mientras charlábamos, un hombre se nos acercó. Yo había rechazado su invitación a abrazarnos durante el ejercicio anterior. Los tres intercambiamos algunas palabras durante unos minutos.

“¿Nos abrazamos?”, preguntó, apartando la mirada de mí y posándola en Donika.

“Claro”, dijo ella encogiéndose de hombros. De inmediato, él nos rodeó a ambas con los brazos.

“¡Ey, momento!”, exclamó Donika, levantando las manos. “Melissa no te dio su consentimiento”.

“Cierto”, dijo bien dispuesto, aunque yo igual noté cierto dejo de molestia. “¿Puedo abrazarte a ti también?”.

“Bueno”, respondí. Él volvió a rodearnos con las manos y durante los segundos que duró el abrazo, entendí que en realidad no había querido que me abrazara. Me hizo acordar a la ansiedad que siento cuando pongo un límite con un amigo o colega. Si reaccionan con altura o demuestran respeto ante mi decisión, a menudo debo luchar contra mi necesidad de expresar “gratitud” y borrar así ese límite. En ese momento, dejar que me abrazara me había parecido mi única opción. Su buena disposición le había comprado el abrazo. Ahí estaba: ese mecanismo que tengo tan incorporado, esa creencia de que afirmar la soberanía de mi cuerpo es irrespetuoso o que representa la infracción de un contrato tácito.

Fui a la cocina a comer unos bastoncitos de zanahoria y una mujer alta de pelo castaño largo vino conmigo. Se llamaba Brenda y tenía pecas y una mirada intensa.

“¿Querías acurrucarte conmigo, Melissa?”, me preguntó.

“Bueno”, dije. “¿Qué se te ocurre?”.

“¿Tal vez algo así?”, me dijo señalando a dos personas que estaban haciendo cucharita en el piso.

“Mmmm”, respondí. “¿Y si mejor nos sentamos y abrazamos?”. Le pareció bien y fuimos en busca de un lugar libre en el salón para sentarnos. Después de acomodarnos un par de veces, encontramos una posición cómoda para nuestros brazos y torsos. Yo no dejaba de consultar conmigo misma si seguía cómoda en esa situación. *¿Estás bien?*, me preguntaba. *¿Te gusta esto?* Era tan fácil cuando me acordaba de preguntármelo.

Había espacio para este tipo de diálogo interno durante mi interacción con Brenda de una forma en la que no lo había habido con la mayoría de los hombres con los que había hablado. Ellos expresaban sus necesidades de manera ofensiva, se entrometían en el espacio donde tenían lugar mis propios sentimientos, mezclaban las señales creando otras nuevas, reaccionarias.

*Límites*: a veces un concepto opaco. Tienen muchas aplicaciones, aunque la mayoría de las veces es bien evidente cuándo existen y cuándo no. La comodidad de mi interacción con Brenda me hizo ver que ella reconocía los límites entre nosotras. Ella no puso su voluntad por sobre la mía ni estaba interesada en manipularme ni en conminarme. A Brenda le interesaba una interacción consensuada. Mi intercambio con

ella esclareció que esos hombres habían querido meterse en mi espacio y empujarme hacia lo que ellos querían, que habían valorado mi interés menos que el contacto físico que deseaban.

La misoginia se filtra siempre en cada acción. Esos hombres no me odiaban, de la misma forma que una persona hambrienta no odia la heladera, tan solo valoraban sus necesidades más que las mías. Y yo había visto esa chispa en sus ojos cuando los rechacé, la misma que hay en los ojos frustrados de una persona cuya heladera está vacía. Probablemente ese haya sido el único método que les han enseñado. Como el narrador de “La cura”, de Cheever, podrían haberme preguntado con la misma combinación de buenos modales y desconsideración: “Señora, ¿me permite tomarla de un tobillo? Es todo lo que le pido, señora”.

Cuando salimos del loft y el aire frío me pegó en la cara, quise gritar. No por ninguna emoción en particular sino para liberar la tensión de haber estado prestándome tanta atención.

Durante las semanas siguientes, empecé a acumular cada vez más resentimiento contra el hombre que nos abrazó hacia el final de la fiesta. Me asombré de mi propia sensibilidad. ¿Cuántas veces me habían abrazado sin permiso? ¿Cuántas veces cuando prefería que no me abrazaran? Miles, seguramente. Había ocurrido con tanta frecuencia que ni me di cuenta cuando el hombre ignoró los deseos de mi cuerpo en la fiesta. Pero eso no significaba que no hubiera consecuencias: ahora empezaba a sentirlas. ¿Cuál es el efecto de ignorar los deseos del cuerpo por décadas? Supongo que esa es la premisa de este

ensayo, la pregunta que me llevó a escribirlo. ¿Por qué se me había hecho tan difícil la experiencia de la fiesta de abrazos? Porque había ignorado los deseos de mi cuerpo durante tanto tiempo que se me habían vuelto ilegibles.

Con el paso de los días empecé a sentirme agradecida por la fiesta de abrazos. El trabajo y el espacio que proveen estas fiestas es revolucionario. Tienen el poder de transformar los aspectos más devastadores de nuestra sociedad y no creo que nuestra sociedad pueda transformarse sin ese trabajo. No se me ocurre otra cosa que podría haberme llevado a registrar esta información tan detallada sobre mi propia comodidad, sobre los tipos de contacto que me resultaban aceptables y los que no. Tras décadas de no escucharlo, había invitado a mi cuerpo a hablarme. Tenía que invitar a otras mujeres a hablarme. Tenía que reconocer las experiencias recurrentes para las que todavía no tenía palabras. Necesitaba un lugar donde pudiera decir que no con apoyo explícito. Nada de esto habría pasado si no hubiera ido. Supongo que ha sido un paso enorme en la búsqueda de formas de cuidar mi propio cuerpo con la misma atención sutil que le he brindado a otros durante toda mi vida. Alguna vez creí que darme cuenta de la importancia de eso, que *creer* en eso era suficiente. Nunca lo fue.

Mi terapeuta una vez me contó una historia sobre una conocida suya que se había lastimado el brazo. Durante años, padeció dolor crónico. También sufría de movilidad reducida. Cuando caminaba, el brazo sano se balanceaba, pero el lastimado no podía moverse. Tras operarse, el dolor desapareció, pero el brazo seguía sin moverse cuando caminaba. Iba quieto a su lado. Según el doctor, no tenía nada. Un día mientras caminaba,

la mujer se tomó del brazo y pensó en todo el sufrimiento que el pobre había aguantado. Cerró los ojos y le habló: “Ya puedes moverte”, le susurró con ternura. Cuando retomó la caminata, el brazo empezó a balancearse con cada paso, como si tan solo hubiera estado esperando el permiso para hacerlo.

Si hay algo que aprendí en la escritura de este ensayo, es que el consentimiento es una forma de comunicación que primero nace de una misma. Por sobre todo, este ensayo trata sobre la escucha. Fue escuchando la verdad de otras mujeres que aprendí a escuchar mejor la mía. Fue escribiendo esto que aprendí sobre las palabras que debemos dedicarle a nuestro cuerpo, sobre lo muy en serio que debemos pronunciarlas.

Todavía es demasiado temprano para entender cómo esto se filtrará en mi vida cotidiana, pero estoy segura de que lo hará. Cuando pienso en la sanación de forma abstracta, pienso en un cierre o en una elevación. En mis fantasías, la sanación viene como un avión para sacarme del agua. Pero la sanación real es lo opuesto. Es una cavidad, una apertura. Implica descender hacia las partes perdidas de una y reclamarlas. Es lenta, no hay atajos. A veces cuando digo “sanar” me refiero a “cambiar”. Un cambio duradero y consciente en nosotras es similar a uno en la sociedad: requiere atención consistente. A veces es doloroso y con frecuencia tedioso. Tenemos que elegirlo una y otra vez.

Dicho esto, hace unos días me encontré con un conocido, un amigo de un amigo. “¡Hola!”, me dijo y se me acercó con los brazos abiertos. No era un abrazo todavía sino el gesto que lo precede y que yo debía corresponder para que pudiéramos pasar a la próxima fase. Yo sonreí, pero no me acerqué. “Qué bueno verte”, le dije y para mis adentros me agradecí por cuidarme.





Metó  
la mano  
en el agua y acaricio  
esas viejas figuras.



